LIBROS del PUEBLO
café

INDICE

Introducción
por Ricardo E. Alegría 1
La charca
por Manuel Zeno Gandía 6
El Café de mi tierruca
por La Hija del Caribe 9
El café
por Juan Avilés 10
Café, la bebida mulata
por José S. Alegría 13
Décima de la sierra
por Cesáreo Rosa-Nieves 16
Cogedores de café
por Luis Lloréns Torres 17
El café
por José Julián Acosta 19
Los piladores
por Francisco Manrique Cabrera 24
Raíz y espiga
por Ernesto Juan Fonfrías 27
Esencia de la mañana y musaraña de la noche
por Tomás Blanco 33
El Cafetal
por Virgilio Dávila 36
Canción del cafetal
por Obdulio Bauzá 37
Montaña en flor
por Wáshington Lloréns 39
Solar Montoya
por Enrique Laguerre 46
El café
por Ferdinand R. Cestero 50
El acabe
por Juan Antonio Corretjer 51
Aquella noche en la sierra
por Antonio Oliver Frau 56
Canto al café
por Gustavo Palés Matos 62

ILUSTRACIONES DE CARLOS MARICHAL

Introducción

por Ricardo E. Alegría

POCOS ELEMENTOS de la naturaleza puertorriqueña están tan identificados con nuestra vida de pueblo como los verdes cafetales de nuestras montañas. A pesar de que aún no se han cumplido dos siglos desde que el cafeto fuera traído por primera vez a la Isla, ninguna otra planta, ni siquiera la autóctona ananás o piña, o la rica caña de azúcar —de tan enorme importancia en nuestro desarrollo económico— se ha identificado tanto con Puerto Rico como este arbusto de aromático fruto.

En Puerto Rico se producía ya a fines del siglo XVIII el mejor café de América; el predilecto en Europa, particularmente en las cortes de Francia y España. Hacia 1788 manifestaba el ilustre historiador Fray Iñigo Abbad y Lasierra:

> "El café de Puerto Rico es muy apreciado de los extranjeros; lo mezclan con el de Asia, que toma su mismo olor y sabor. Por estas circunstancias lo prefieren al de las otras islas, lo solicitan con ansia, y se puede decir que se llevan toda la cosecha de esta Isla, que es considerable . . ."

Y refiriéndose a nuestros campesinos, añadía:

> "...dedican su cuidado con más esmero al café, que fructifica pasmosamente, pide poco cuidado, y tiene salida segura para los extranjeros, que lo solicitan con ansia por su calidad."

A esta mágica bebida está entrañablemente ligada la figura de nuestro campesino, el jíbaro, el representante más auténtico del hombre puertorriqueño, cantera de dignidad y esperanza a la que hemos

recurrido en los momentos más críticos de nuestra vida nacional, y de la que han surgido muchos de los hombres que han guiado a Puerto Rico en sus batallas difíciles. El café ha sido con frecuencia la única fuente en que el jíbaro ha podido obtener energías para su trabajo y en su lucha contra las adversidades y la injusticia social. Ya el propio Abbad había observado esta marcada dependencia del jíbaro respecto al café. Así nos dice:

> "...por la mañana y entre día usan mucho del café con miel y con esto se socorren cuando les molesta el hambre, que resisten por mucho tiempo sin manifestar flaqueza."

El cultivo del café se fue propagando por la zona montañosa de la Isla al mismo tiempo que se desarrollaba en nuestro pueblo la conciencia colectiva. Fue junto a los ricos cafetales del corazón de Puerto Rico donde a principios del siglo pasado comenzaron a surgir aquellas familias criollas que, gracias al aislamiento en que vivían, a la distancia que las separaba de la capital —sede del gobierno colonial— y a la independencia económica que les proporcionaba la venta del rico grano a los mercados europeos, se sintieron capaces de asumir posiciones de responsabilidad en la defensa de los derechos patrios.

El cafetal puertorriqueño fue baluarte del movimiento abolicionista y de todas las corrientes liberales que agitaron al país en el siglo XIX, precisamente porque gracias a la existencia de una industria basada en el trabajo libre, como la del café, casi no pudo implantarse en la zona montañosa la odiosa esclavitud negra.

Fue en los cafetales de Lares donde el grito de independencia nacional encontró mayor eco en el siglo pasado. Fue también en la "altura" puertorriqueña donde, en la década del 1940, encontró sus más entusiastas militantes y seguidores el movimiento de justicia social que ha transformado nuestra vida de pueblo. Aún hoy el cafetal sigue siendo el baluarte inexpugnable de nuestra libertad y de nuestra tradición cultural.

El tema del café ha venido fascinando desde hace siglos a los escritores y literatos, y ha sido punto obligado de casi todos los que entre ellos han contraido el hábito de esta bebida, cuya misteriosa influencia sobre el intelecto ya había atraido la atención de los pensadores africanos de la antigüedad, dando origen a interesantes mitos y leyendas en que se atribuía a los dioses una íntima relación con la mágica planta.

Ese mismo interés se despertaría en los escritores europeos y americanos del siglo XVIII, en cuyas postrimerías se populariza el café en las principales ciudades europeas, convirtiéndose muy pronto en bebida indispensable de literatos, artistas y políticos. Hasta tal pun-

to fue esto así que Jules Michelet llegó a considerar al café como responsable en gran parte de la expansión intelectual del llamado siglo de las luces y de la gran revolución social y política que, iniciada en Francia, se extendió, sacudiéndolo, a todo el mundo civilizado. De él son estas palabras:

> "...bebida soberana, poderoso instrumento de la mente que contrariamente a los licores espirituosos, aumentas la penetración y la claridad; café que disipas los vapores pesados y las nieblas que enturbian la imaginación; que iluminas la realidad de las cosas con la diafanidad de la verdad . . ."

El mismo historiador nos recuerda cómo los padres de las nuevas ideas, los autores intelectuales de la revolución: Rousseau, Diderot, Buffon y otros, se reunían en el histórico Café Procope para discutir y difundir sus ideas y cómo, redoblando el ardor de sus espíritus impetuosos bajo los efectos del cargado licor antillano, "vislumbraron en el fondo de sus tazas de café negro los destellos del año de la revolución."

En España el consumo de café también empieza a popularizarse en las últimas décadas del siglo XVIII. Surgen entonces en Madrid, al igual que en las demás capitales europeas, numerosos cafés donde se sirve el negro licor de las Antillas, especialmente el de Puerto Rico, objeto de tal predicción que aún hoy son muchos los españoles para quienes el nombre de Puerto Rico sólo evoca el del más excelente café del mundo. Hacia mediados de siglo esos cafés constituian centros de tertulia de las más prominentes figuras de la literatura, las artes y la política española. Las páginas de numerosos literatos de la época romántica —adictos al café casi todos— han inmortalizado los nombres del café del Príncipe, ubicado junto al teatro del mismo nombre; el del Venecia, en la calle del Prado; el del Morenillo, en la plaza de Santa Ana y el Suizo, tan frecuentado por Bécquer, quien alude a esta bebida como "ese negro brebaje que alimenta mis nervios." Posteriormente escritores como Ramón Gómez de la Serna, en su *Pombo,* nos han dejado vívidas descripciones de la vida en los cafés madrileños de principios de siglo, establecimientos que según Unamuno constituyeron una verdadera "universidad popular."

La ciudad de San Juan también vio surgir en el siglo pasado los cafés donde los intelectuales y políticos puertorriqueños de esa centuria y principios de la actual se reunirían para cambiar impresiones sobre los movimientos literarios, escuchar la lectura de los últimos versos escritos por alguno de los poetas presentes, o discutir los acontecimientos políticos. Muchos de nuestros poetas se dieron a conocer por primera vez en las tertulias del café de Turull, del Colonial,

de la Mallorquina y de otros establecimientos análogos del San Juan antiguo. En las boticas de la ciudad y en las de los pueblos de la Isla también se formaban tertulias políticas y literarias en torno de la mesa en que hasta altas horas de la noche se bebía el café de nuestra montaña. Han sido muchos los escritores puertorriqueños que han experimentado la influencia del café y muchos los que le han dedicado sus mejores páginas a la bebida cuya libación hace más placenteras las tertulias.

Evocando las tertulias de los cafés de San Juan, José S. Alegría la llama "bebida mulata" y nos asegura que "no sería posible hacer la historia de la literatura y el periodismo puertorriqueños sin bucear en esa taza de café, amortajada con puntas de cigarrillos y cenizas, que sirvió de pretexto a nuestros escritores para sentar sus sabrosas cátedras." En su ensayo sobre el café, Tomás Blanco lo llama "esencia de mañana y musaraña de la noche", y lo identifica con el sentido del olfato, pues para él, "más que bebida, antes que un alimento, es olor grato y fino, inmutable aroma cerebral de gran altura, y al mismo tiempo entrañada, sensual, muy tierra-tierra de la tierra nuestra." Como mujer al fin, la poetisa Trina Padilla de Sanz, *La Hija del Caribe,* ve en el café de nuestra isla un "compañero del libro y las labores." Y Gustavo Palés Matos, contemplándolo desde otra vertiente, afirma que el café es "orgullo de Puerto Rico . . . que lleva la honra esencial de la patria borinqueña."

Como era natural, el elogio del café no había de reducirse a sólo la bebida, sino que se extendería al grano de que se extrae y al arbusto que lo produce, al cafetal y a quienes lo cultivan. Ferdinand R. Cestero canta a los granos que brindan "el néctar de su esencia pura" y Virgilio Dávila los compara con "esmeraldas y rubíes," en tanto que Cesáreo Rosa Nieves evoca el cafetal florido que en "collares de azahares baja en bellos cantares" y refiriéndose al mismo cafetal se queja Juan Avilés de que "ayer fue todo... [y] ya no es nada".

La vida de nuestros campesinos de la serranía, en su perenne comunión con el cafetal, inspira a Manuel Zeno Gandía su gran novela *La Charca* —que retrata la vida de una familia de la zona— y a Enrique A. Laguerre, nuestro principal novelista contemporáneo, su obra *Solar Montoya,* en que se recogen las alegrías y las penas del jíbaro del cafetal, cuya cosecha es "la salvaguardia de sus obligaciones." Francisco Manrique Cabrera canta a los típicos piladores que con monótona y rítmica acción descascaran el rico grano. Luis Lloréns Torres también se inspira en el tema, llamando su atención particularmente las campesinas recogedoras del grano, que en sus canastas se llevan "la sangre del cafetal." En su cuento *Montaña en flor,* Wáshington Lloréns describe en forma fotográfica la típica hacien-

da de café puertorriqueña y la vida de sus moradores, cuya gran fiesta del *acabe* o de la terminación de la cosecha, describe Juan Antonio Corretjer en su poema *El acabe,* que también evoca la ruina ocasionada en nuestros cafetales en 1899 por el huracán de San Ciriaco. Esta fiesta tradicional queda también descrita por Ernesto Juan Fonfrías en su novela del cafetal *Raíz y espiga.*

Para Obdulio Bauzá el cafetal es sitio para el amor. Este tema y las leyendas de aparecidos y otros elementos de carácter sobrenatural, que los años han ido tejiendo alrededor del cafetal, han servido de inspiración a Antonio Oliver Frau para su obra *Cuentos y leyendas del cafetal.*

Por último, historiadores como José Julián Acosta y Salvador Brau, interesándose en los aspectos históricos del café, estudiaron su importación en la Isla en el siglo XVIII y su ascendente influencia en nuestra vida económica.

El tema del café también ha ejercido una poderosa atracción sobre nuestros artistas, particularmente los grabadores. Rafael Tufiño, José R. Alicea y Carlos Marichal, entre otros, se han destacado por sus interpretaciones artísticas de asuntos del cafetal. Ejemplo señalado de esta labor es la colección de grabados en linoleo hechos por Rafael Tufiño para el Instituto de Cultura Puertorriqueña. En esta colección el artista recoge algunos de los temas y momentos más característicos y significativos de la vida del cafetal puertorriqueño, tales como los procesos de recolección, secado y "pilado" del grano; las antiguas despulpadoras, que aún se ven en nuestras haciendas de la serranía, y la tradicional fiesta del *acabe* con que se celebra el fin de la cosecha. Esta colección de grabados del café, de Tufiño, constituye un sentido homenaje artístico a nuestro cafetal y a los hombres y mujeres que le dedican su vida.

Ya sea en sus aspectos histórico y económico, como en sus facetas estéticas, novelescas o poéticas, el café ha mantenido siempre un puesto de honor en el pensamiento de nuestros escritores y artistas. En nuestra vida cotidiana sigue siendo el café la bebida puertorriqueña por excelencia y expresión de un profundo sentimiento de unidad social. En cualquiera de sus aspectos el café ha sido y seguirá siendo uno de los símbolos de la vida puertorriqueña.

La Charca

por Manuel Zeno Gandía

Había pasado un año, y se estaba en plena vendimia. Los cafetos inclinábanse bajo el peso de la dehiscencia, y la madurez bermeja de los frutos lucía al sol de otoño la magnificencia de sus galas.

En todas las fincas, la mano del hombre desnudaba las plantas acopiando los racimos; por todas las veredas discurrían obreros o recuas conduciendo a los caseríos la granería recolectada; en todas las hidráulicas rompíanse las cortezas que aprisionan los gemelares granos, lavábase el suero que los empapa, desecábase al calor solar su humedad íntima y, ya secos, rompíaseles el pergamino envolvente, dándoles el brillo con que habían de presentarse en las lonjas de la especulación. Todo era vida, actividad, movimiento: la madre tierra dando el vigor de sus senos a la humana ambición.

En la granja de Juan del Salto la labor era incesante. ¡Gran cosecha había sido aquélla! Muchos obreros de distintas comarcas concurrían a engrosar las brigadas recolectoras, sumando al de todos su esfuerzo para que, rotos los pedúnculos por exceso de madurez, no cayeran, perdiéndose entre los pedruscos del monte, las ópimas cerezas.

Colgábanse los obreros al cuello con hojas secas de banano cestos de variadas formas, en donde iban depositando los granos. Ceñíanse a veces la cintura con cordeles o con lianas, o con fibras textiles de la *emajagua* del trópico. Iban descalzos; los más cultos, con zapatos de suela ferrada; las mujeres, con la falda recogida hasta cerca de las rodillas; los hombres, o con camisetas que el sudor ennegrecía o con el busto desnudo. Envolvíanse algunos la cabeza con pañuelos de colores vivos, otros la cubrían con sombreros de paja de grosero te-

jido; y así, en viviente vaivén, poblaban las vertientes, entregándose a la vendimia.

Redoblaba el interés el ahinco de todos. Familias enteras dejaban las chozas para tomar *calle,* para hacerse cargo de hileras de arbustos que debían desnudar.

Turba inquieta palpitaba en las montañas entre risas y canciones, como si la cosecha fuera de todos. Parecía aquello gran hormiguero acopiando entre el hojambre de las selvas.

En los declives y desigualdades del terreno el cuadro era pintoresco, poblado de rumores producidos por el crujir de los arbustos o por el choque de piedras al transitar los obreros, o por los roces que ocasionaba el esfuerzo de los campesinos para no perder el equilibrio.

Algunas chicas canijas situadas en lo alto descuidábanse a veces y dejaban ver a los de abajo buena parte de sus piernas y rodillas, que aparecían y desparecían entre el ramaje como figurillas indecisas.

Una brigada de muchachos enclenques ayudaba la labor de los adultos, recogiendo los granos caídos de los arbustos o derramados de los cestos. A veces, en un sólo arbusto deteníase el obrero largo tiempo obligado por la copiosa fructificación; otras, doblaba los arbolillos, atrayéndolos para alcanzar los granos altos; enredábanse las ramas, y los arbustos producían marañas que impedían el tránsito.

Cuando algún obrero inexperto no rebuscaba bien en el ramaje obligábale el mayordomo a retroceder y a arrancar las cerezas maduras que olvidaba; y cuando, atolondrándose la labor, se mutilaban ramillas quebrándolas, oíanse los acentos de reproche del vigilante. Si un obrero resbalaba en la vertiente, algunos reían, otros acudían en su auxilio, mientras el caído procuraba incorporarse y volver a su puesto. Era una labor ruda, difícil, peligrosa, que muchos campesinos acometían cantando en su jerga peculiar versillos de intención erótica o satírica.

Durante el día, el sol quemaba, tamizando su calor por el follaje y produciendo, con las humedades de la tierra caliente, una atmósfera intermedia en la que se percibían sensaciones de suave frescura alternando con ráfagas ardientes que tostaban la piel.

En el crespúsculo, cuando la tarde moría, en lo intrincado del monte apagábanse los vivos resplandores del día viajero, y mientras en el cielo navegaban nubes de cien colores, iniciábase para la tierra la era nostálgica de la noche con sus medrosos misterios y sus temidas soledades. Todo marchaba con el isocronismo del tiempo, como si el péndulo de ese tiempo no balanceara un ápice más allá de donde las fuerzas de la vida lo impulsan.

Después medían los obreros el café recogido en la jornada. De los cestos pasaban los chorros de cereza a los sacos grises en donde de-

bían ser conducidos a las hidráulicas. Los sacos, dos a dos, eran colocados sobre el lomo de pacientes mulas, y luego descendía el convoy con la premura del que ve cercano el término de sus faenas.

Entonces el eterno concierto de los campos levantaba una vez más su agreste salmodia, y cuando trasponía el sol las últimas sombras, imperaban las horas en que a sus regios éxtasis la Naturaleza se entrega.

El café de mi tierruca

BAJO triunfales arcos de verdura
que circundan la fronda montañosa,
bordando la esmeralda lujuriosa
el cafeto sus bayas empurpura.

Crece a la noble paz, sombra segura
de la guaba que, madre cariñosa,
en un joyero de corales rosa
torna su fruto cuando ya madura.

Mi tierruca, al lanzarlo por el mundo,
le da un dulce consuelo a sus dolores
en un néctar riquísimo y fecundo . . .

Compañero del libro y las labores,
¡tu enalteces mi suelo, en un segundo
peregrinar fantástico de amores . . .!

La Hija del Caribe

El cafetal

Yo soy del cafetal, de monte adentro,
del llano y de la jalda.
A pecho me he subido al varillaje
de la verde sombrilla de las guabas.
Soy el íntimo amigo de los cedros,
del capá señorial de la hondonada,
del plácido algarrobo de la loma,
de las ceibas gigantes, de las jaguas,
del lechoso caimito amoratado,
del frondoso guamá de la quebrada,
del endeble yagrumo, y de los robles
que mecen huracanes en sus ramas.
¡Yo los conozco a todos! ¡Eran míos!
¡Eran mis compañeros de la infancia!

¡Yo soy del cafetal que ayer fue todo!
¡Yo soy del cafetal que era la patria!

En las tres florecidas del cafeto
vi los adornos de estrellitas blancas
con que el jíbaro cándido de entonces
bordaba sus coronas de esperanzas.

Más que flores sencillas del cafeto
eran una promesa realizada.
Ellas traían el pantalón del viejo,
la camisa, la falda,
la cajita de polvos de la niña
que ya se enamoraba,
las cintas para el traje de la novia,
el encaje sutil para la enagua,
el jabón perfumado
que estaba en baratillo en la quincalla;
la peseta del baile de los sábados,
el sombrero de Italia,
y los zapatos del pujante mozo
que, pasadas las fiestas, los colgaba

por Juan Avilés

como escudo de jíbara nobleza
de la viga más alta de la sala.

Los cafetales de los tiempos míos
florecían con flores de esperanzas.

Yo presencié la gloria indescriptible
de las tres maduradas:
de los primeros granos orilleros
hasta el verde y maduro. ¡Retumbaba
la voz de la alegría por esos montes!
¡Ese era el carnaval de la montaña!

Aún recuerdo la voz del mayordomo
dando corte al peonaje en la mañana.
—Siga usted por aquí, de este naranjo
hasta al pie de la jagua.
—Usted, por esta hilera, hasta el yagrumo.
—Siga usted el zanjón, hasta la palma.

Y emprendían los peones sus faenas.
Se escuchaba la décima ensañada
del mozo enamorado de la moza
que no le daba el sí. ¡Todo vibraba
como si cada grano despajado
fuera a dar en el alma
y arrancara una nota de alegría
que llenaba de voces la montaña!

Terminada la pródiga cosecha
la fiesta comenzaba...
¡La gran fiesta de acabe de otros tiempos!
¡Fiesta del corazón prendido en llamas!
¡Fiesta del cafetal, hecha más fiesta
con la música brava!

¡Viva el pastel nativo envuelto en hojas,
y el clásico lechón asado en vara!

¡Viva el ardiente ron de aquellos tiempos
que abrasaba gargantas,
y hacía bravos y audaces a los tímidos,
y ponía contoneos en las muchachas!

Así fué año tras año,
la fiesta más castiza de la patria.

Hoy canto al cafetal con la tristeza
del que lleva en el alma
un recuerdo que duele, algo perdido
por épocas lejanas.

Se esfumó el cafetal de aquellos tiempos
y la verde sombrilla de las guabas;
se fugaron los cedros
y el capá señorial de la hondonada,
el plácido algarrobo de la loma,
las ceibas gigantescas, y las jaguas;
los endebles yagrumos, y los robles
que mecían huracanes en sus ramas;
el lechoso caimito amoratado
y el frondoso guamá de la quebrada.
Hoy está más lejano el horizonte
porque viste otro traje la montaña.

Yo soy del cafetal que ayer fue todo.
Hoy lloro al cafetal que ya no es nada.

Mi canto al cafetal es canto triste.
Más que canto es plegaria.
Mientras contemplo la desnuda tierra
busco el arbusto que se fué. La patria
se lo entregó a los brazos y al machete
y la tierra quedó sacrificada.

Quizás un día cercano
resurja el cafetal en la hondonada,
y arrope, como entonces, las llanuras
y vuelva a enseñorearse en la montaña.

El cafetal de ayer no está muy lejos.
Se fué de viaje y volverá mañana.
¡Y con el cafetal, cuando regrese,
la patria ausente volverá a la patria!

"Cariño, no hay mejor café
que el de Puerto Rico"
LA GRAN VIA

Café, la bebida mulata

por José S. Alegría

DE DÓNDE NOS LLEGÓ EL CAFÉ?

El café tuvo su origen en Etiopía. En el siglo XIV se trasplantaron algunos árboles a Arabia, país que lo bautizó con su nombre actual. De Arabia fue llevado a Egipto y del país de las Pirámides a Turquía. Cuando apareció en Europa fue denunciado como "bebida de infieles," hasta que el Papa Clemente VII lo probó y dijo que una bebida tan buena no podía dejarse solamente para deleite de infieles.

En el año 1720 el oficial de la marina francesa, Monsieur Gabriel Mathieu de Chieu, traía a la isla de Martinica tres arbolitos de café, obtenidos de los Jardines Botánicos de París. Los inconvenientes del viaje demoraron la llegada de la embarcación y el buen marino se privó, muchas veces, del agua de sus barricas para regar las plantas del grano azul. Sólo una sobrevivió y fue plantada en Martinica, dando comienzo el cultivo del aromoso grano en el Nuevo Mundo.

Diez y seis años más tarde —1736—, el primer árbol de café, traido de Martinica a Puerto Rico, era sembrado en el regazo de nuestra montaña, bajo el cálido sol tropical y la suave y acariciadora brisa. Para el año 1758, el café era uno de nuestros principales productos de exportación y lo fue hasta el último año de dominación española —1897— que exportamos más de cincuenta millones de libras.

Nuestro café se hizo famoso por su aroma exquisito y su suave gusto al paladar, y España, Francia, Italia y Alemania lo hicieron su preferido, convirtiéndose en la bebida de los reyes, servido con orgullo en la Corte de Luis XIV y brindado en refulgentes servicios de oro por Juana Antonieta Poisson, marquesa de Pompadour, a su ilustre amante

el Rey Luis XIV, en los jardines de su palacio de Versalles, cuando la luna lo vestía de plata y de sombras.

Desde entonces, como dijera de España, Antonio Manuel Campoy, no sería posible hacer la historia de la literatura y del periodismo puertorriqueños, sin bucear en esa taza de café, amortajada con puntas de cigarrillos y cenizas, que sirvió de pretexto a nuestros escritores para sentar sus sabrosas cátedras. Y desde entonces el hábito de tomar café está entre nosotros y bien podemos decir que nada notable pudieron hacer nuestros grandes hombres sin el estímulo del café, el divino elixir de los dioses y el coronamiento de una comida perfecta.

El café estuvo presente en casi todos los actos de la vida, negro como la noche, caliente como el infierno y fuerte y un poco dulce como el amor. En las casas antañonas, frente a una taza de café, servida a la luz que arrojaban las bujías de fino Baccarat o las velas de los candelabros de bronce, se seguía devanando el hilo del pensamiento al arrullo de las conversaciones; estudiaban sus lecciones los muchachos del aula; leían sus novelas de amor y de intrigas las muchachas con la cabeza llena de rulitos que entre la presión de las horquillas aguardaban hasta anochecer para libres lucir en los balcones, en los antepechos o en las amplias salas de pesadas vigas de ausubo. Frente a una taza de café muchas mujeres oyeron emocionadas al galán de cuyos labios florecían los madrigales y se desataban las vehemencias, cuando la primavera de la juventud estaba en la raíz de su cuerpo y lo íntimo del alma, acelerando el ritmo del corazón. Y de pie, las más de las veces, el muchacho temeroso de llegar con retraso al aula, en la cocina oliente a humo y a café *prieto,* sorbía en la mañana desmayada de claridad, la bebida negra y caliente antes de tomar el camino del Instituto.

Nadie en nuestro pueblo podía acomodar las horas del diario vivir sin una taza de café en la madrugada, en la mañana, en la tarde, en la noche. Y así llegó a ser motivo de la canción, de la poesía, de la zarzuela.

Los que vivimos los años en que conversar constituía un deleite y un halago, tenemos que lamentar que la palabra haya ido perdiendo su encanto bajo el dominio de la velocidad y la música estruendosa. Las amables tertulias que llenaron de humo La Mallorquina, El Colonial, El Polo Norte, La Palma, Malatrasi..., ni ruidosas ni ostentosas, con su gran intimidad, pasaron a la categoría de las cosas que fueron. Bien podíamos llamar a aquellos cafés, como llamara a los de Madrid, Don Miguel de Unamuno, la Universidad Popular. En todos ellos, frente a una taza de café, se podía oír a la flor y nata de la generación literaria que floreció a fines del Siglo XIX, junto a la juventud de principios de siglo, alegre y estudiosa, plena de grandes y nobles ideales, de propósitos elevados y de aspiraciones sublimes.

También tenemos que citar aquí aquellas tertulias con café en el Casino Español y en el antiguo Casino de Puerto Rico. La imaginación se caldeaba con el choque de las ideas y muchas veces lo que uno dijo dio pie para un artículo o para unos versos. Y, por qué no rememorar aquellas tertulias de sobremesa, frente a las tazas de café en las casas de huéspedes, que llamó de puertas adentro Don Ramón Pérez de Ayala en su Berlamino y Apolonio, y que hicieron de dependientes y comisionistas, cultos periodistas e inspirados poetas.

Y no son todos los que saben tomar una taza de café. Hay para tomarlo un arte y un ritual. No ha de saberlo nunca bueno quien no lle-

va en su deseo la idea de una pausa para sorberlo poco a poco, tiernamente, voluptuosamente, porque el café es para detener el tiempo. Es fácil conocer el carácter y la psicología de un hombre cuando se halla frente a una taza de café o cuando llega a sus labios el aliento cálido, el brebaje que no se da con frivolidad o como un "snobismo" y que cuando lo sorbemos en la quietud de la mesa del Café, el caliente brebaje es un amigo más, el más generoso, que nos ayuda a soñar, evocar, pensar, olvidar . . .

El jíbaro, con su gran intuición, nos enseñó a tomarlo por la mañana en ayunas para prepararnos, despejar la mente y la cabeza y para un alegre despertar hacia la vida.

Décima de la sierra

Café en flor de la montaña
que en collares de azahares
bajas en bellos cantares
a perfumar mi cabaña;
el véspero el cielo empaña
de pitirres vocingleros;
y allá por los cocoteros
detrás del gris caserío
parece el soñar del río
un cinturón de luceros...

Cesáreo Rosa-Nieves

Cogedoras de café

por Luis Lloréns Torres

Hora de mariposa en el rosal.
Ripian las cogedoras el cafetal.
Todas llevan al cinto la canastilla
en que rompe y desgrana cada varilla
su rosario de cápsulas de coral.

Cimbra el guaval, a prueba de soles y aguas,
el verde altamarino de sus paraguas.
Y en los cogollos húmedos de rocío,
las palomas del monte pican el frío,
que rezuma el plisado surá del río.

Zumban los aberrojos aventureros,
al martillo de pájaros carpinteros
que horadando en los troncos la dura entraña
martillan el silencio que la hora empaña
y lo desclavan y echan de la montaña.

Los racimos guarecen su carmesí
bajo hojas de plátano, que las balda
la lanceta del pico del colibrí.
Cluecas alas de pájaros de esmeralda
sobre huevos de pájaros de rubí.

Aún en el barro hurgan sabor de nido
las raíces de añejo cedro caído,

por siglos de ciclones adolorido,
que al mirarse desnudo, su luz apaga,
y se arropa en cojitre y en verdolaga.

El capataz husmea, montado en mula,
los sitios en que el rojo café pulula,
Y una voz esta roja copla modula:
—Allá viene el pendanga de don Canuto,
mientras más y más viejo más y más bruto.

Trova una anciana: —El ave del alma mía
va y viene con la misma melancolía;
y el aroma del grano de la montaña,
a la montaña vuelve, al rayar el día,
en el humo que sale de la cabaña.

Bajo la telaraña de las varillas,
joven doncella rústica, que retoza
con bayas en sus labios de buena moza,
arde desde los senos a las rodillas
porque un ramo en la nuca le hace cosquillas.

Así, horas. Los arbustos rinden sus granos.
Los rosales silvestres rinden sus rosas.
Y la tarde se engulle de empeños vanos:
buscan que buscan rosas las mariposas;
buscan que buscan granos las ebrias manos.

Y al fin, hora de abejas en el panal.
Hora de alicaído sol vesperal,
en que llenos los sacos antes vacíos,
tornan las cogedoras a sus bohíos
llevándose la sangre del cafetal.

El café

por José Julián Acosta

En más de una ocasión y con diversos motivos se ha repetido el célebre dicho, *Valemos más que nuestros antepasados;* y muchas veces también ha suscitado acaloradas polémicas, afirmando los unos que expresa la verdad, y los otros que no. Todos hubiesen quedado conformes y en perfecta armonía, si en lugar de aquella proposición, se hubiera emitido esta otra: *Nosotros, los hombres de hoy, gozamos mucho más que nuestros antepasados.* Vengan si no los apasionados del café a decidir la cuestión ya que no hay tiempo para oir a todo el mundo.

No tardarían en acudir al llamamiento y en responder al instante: que el café, la bebida por excelencia, está en nuestros días al alcance de las clases más pobres, cuando en la antigüedad se vieron privados de este los magnates mas opulentos de Grecia y Roma, esos círculos tan ponderados.

Una vez en posesión de su asunto querrían hablar todos y echando mano de la ciencia y de la erudición, te harían el siguiente discurso. (Forzoso es prestarles atención puesto que han sido invitados.)

Es el café una de las adquisiciones más preciosas que ha hecho la humanidad en los tiempos modernos, bastante usado como bebida y en dósis conveniente, ejerce sobre la economía una acción doblemente útil; obra en el cerebro comunicando una vida extraordinaria en pensamiento, y sabido es que Voltaire, Delille y otros grandes poetas, le debieron buena parte de sus inspiraciones; y repara de un modo admirable y todavía misterioso, las fuerzas físicas agotadas po el trabajo. De manera que si se consideran y elogian las máquin

como una creación de nuevos brazos, ¿qué diremos en elogio de una planta, cuyo fruto por una parte habilita al hombre para hacer una suma mayor de trabajo de la que le permiten sus fuerzas naturales, y por otra que descogiendo las alas de la imaginación aumenta los goces inefables del espíritu?

Y no se limita su acción al orden material e intelectual, sino que influye también en el orden moral de los individuos y de las sociedades. Con efecto, es uno de los mejores medios conocidos de prevenir la embriaguez, que tantas desgracias produce, porque, siendo el café una bebida deliciosa y restauradora, disminuye el consumo de los licores alcohólicos. Por eso ha dicho D. Andrés Bello, el cantor de la agricultura de la zona tórrida,

Y el perfume le das, que en los festines
La fiebre insana templará a Lieo.

De más de que excitando el café las fuerzas vitales del hombre, el espírtiu de este se hace más sensible a lo bello: el cielo se colora de variados tintes, los campos rien y la naturaleza entera adquiere a su vista tan grande encanto que siente aumentarse en sí el apego a la existencia. ¡A cuantos hipocondríacos no ha libertado el café del suicidio!

En presencia de todos estos efectos, y si fuera dable caracterizar una planta por un nombre abstracto, diriáse que el árbol del café ha realizado la antigua fábula de la fuente Hipocrene, cuyas límpidas aguas, saliendo del Pindo, comunicaban la inspiración poética; que el cafeto representa la poesía, esa poesía fantástica, maravillosa que más que de ninguna otra parte se exhala del Oriente.

Apareció el café en Moka (Yemen) hacia el año 236 de la Egira (1258 años de nuestra era) en manos de los árabes, y en 1554 en las de los turcos para venir poco más tarde a Europa en las de los venecianos.

El descubrimiento de la planta y el uso de la bebida que con su fruto se prepara, estuvieron sin duda alguna en armonía con el genio natural y con las inclinaciones de estas tres razas. El árabe nómade y contemplativo, pudo desde entonces recorrer el desierto sin temor al hambre, y entregarse con mas libertad a sus sueños dorados, a las visiones de su paraiso de hurís; el turco, nómade también pero más serio y reflexivo, añoraba nuevo aliento, entusiasmo mayor para proseguir en sus conquistas; y el veneciano, salido no como aquellos de vastas llanuras sino de pequeños islotes, peregrino en el mar, debió acoger el café como un presente del cielo, como un compañero animoso que venía a auxiliarle en sus peligrosas navegaciones por entre los escollos de las mil islas del Mediterráneo.

He aquí también porque otro pueblo, incomparablemente más sesudo y flemático que los hijos entusiastas de la vivaz Italia, acogió el café con gran interés; y no satisfecho de confortarse con la esencia de su fruto, trajo a Europa por vez primera, hacia 1690, la planta, cultivándola en el jardín botánico de Amsterdam con cuidado más prolijo. Los holandeses, nacidos en un país estrecho, bajo, húmedo,

regado por muchos ríos y de infinitos canales, estaban destinados por la mano de la naturaleza, a vivir del mar, a hacer del mar su sustento de fuerza y de poder. Hiciéronlo en verdad y obtuvieron en sus temidas naves las más apartadas regiones del globo, así las frías costas de la Siberia, como las bellísimas riberas del archipiélago indio. En Java, encontraron el precioso arbusto, importado allí probablemente por marinos árabes, y de esta isla sacaron el primer pie que vegetó en Amsterdam entre los cristales de un invernáculo.

Pero el cafeto, aunque trasplantado de Holanda a París, hijo

amante del trópico, negaba sus hermosos granos al jardinero europeo, suspiraba por su zona natural. Y ¿dónde crecería más lozano el arbusto del Yemen y de Java, dónde encontraría con más profusión los gérmenes de su aroma delicioso, que en esas islas del mar Caribe, descubiertas por Colón, en que el terreno es feraz, la brisa tibia y las lluvias frecuentes?

Oyó los tiernos suspiros de la planta M. Déclieux, e intérprete fiel de la naturaleza, restableció el orden que había sido turbado. ¡Loor eterno a su memoria! Al devolver al cafeto su clima natural, abrió en América una fuente inagotable de riquezas...

No sin graves peligros, ni grandes sacrificios consiguió este hombre ilustre llevar a término feliz su noble intento. ¡Espectáculo sublime! Combatida la nave de vientos contrarios fue largo el viaje, escasa el agua y mientras los demás marinos se daban a lamentar la falta de este líquido indispensable a la vida, M. Declieux, con un valor sobrenatural, se privaba de su corta porción para regar con ella y salvar la planta que se veía expuesta a un sol abrasador. Justo es, pues, que Guenard haya cantado en su elogio:

"Los tormentos de Tántalo temía
El triste navegante; valeroso
Déclieux los desafía.
Resiste cada día
La devorante sed que le atormenta;
Y cuando duro el cielo
Cual si fuera de bronce enrojecido
Convierte el aire en fragua,
Cifra todo su amor y dulce anhelo
En regar aquel árbol tan querido."

Arribó por fin lozano a las playas de la Martinica el precioso arbusto, objeto de tan paternales cuidados; y no era corrida una década cuando ya se le cultivaba en casi todas las islas del archipiélago colombiano. Pasan los años, y las plantaciones de café son cada vez mas numerosas. Inapreciable fue para la Flora americana ya tan rica, la adquisición de esta planta. Detengámonos siquiera un momento a contemplarla.

Cuando el café llega a medir de una vara y dos cuartas a dos varas de altura, es una de las producciones más bellas del reino vegetal: su tronco recto poblado de ramas y hojas lustrosas simétricamente colocadas, semeja una graciosa pirámide; sobre este fondo oscuro, y cual si el arbusto quisiera adornarse de guirnaldas, aparecen mil ramilletes de flores, blancas como la nieve, parecidas a la del jazmín, de pocos días de vida, pero tan olorosas que esparcen a

distancia un aroma grato y suave; y cuando depone su corona de flores, todavía se viste con los variados colores de sus granos, primero verdes, después amarillos y por último rojos como la grana. ¡Gran deleite recibe la vista de tan multiplicables matices!

Donde despliega toda su magnificencia oriental el arbusto, no es, como la caña de azúcar, en las llanuras cuyo pie besa el mar, ni en las altas montañas que lanzan sus picos más allá de la región de las nieves; es en las colinas intermedias, de pendiente suave, caladas por una lluvia frecuente, y que si a la mañana o a la tarde aparecen cubiertas de un blanco cendal, o bien se ostentan risueñas cuando las dora el sol al nuevo-día. Allí fija de preferencia su mansión el cafeto, allí adquiere más que en ningún otro terreno el delicioso perfume de sus flores.

Amante del misterio, se complace el cafeto, cual una ondina, en vivir entre sombras; teme exponerse sin defensa a los rayos de un sol abrasador, y al embate sañudo de los vientos que marchitarían el verde de sus hojas, le arrancarían su blanca corona de flores y esparcirían por tierra el tesoro que guarda en sus granos. El poeta entonces se identifica con la planta, sufre con ella y exclama como Bello al hablar del cacao:

Proteja a la débil Theobroma
La sombra paternal de su bucare.

El labrador, poeta por instinto, que en la plácida soledad de los campos vive en íntima comunión con las plantas, que se recrea viéndolas brotar del suelo, crecer, cubrirse de variadas flores y ópimos frutos, sufre también con ellas, conoce sus necesidades y cuida de satisfacerlas. Sabe que el cafeto pide sombra, y esto basta para que no lo exponga indefenso a los fuertes rayos del sol inter-tropical, ora escoja para sembrarlo un bosque vírgen, ora disponga de un terreno, cuyo seno penetró antes la cortante reja del arado. Por eso derriba los árboles mas corpulentos, rompe el estrecho tejido de las enredaderas, destruye la maleza, transformando así un bosque añoso e impenetrable en un verjel, donde el aire circula libremente y cuyo fondo visita el sol de trecho en trecho.

Allí planta el labrador de la zona equinoccial los tiernos tallos del cafeto en hileras ordenadas: y la tierra virgen, las lluvias frecuentes, el aire que se renueva, el sol que comunica un calor vivificante, los árboles que prestan sombra, todos de consumo y en perfecta armonía, recompensan sus cuidados y fatigas, y multiplican esos preciosos granos de café, que salidos del presente, han dado la vuelta al mundo, que no conoció la antigüedad y que en nuestros dias cooperan eficazmente a aumentar la moralidad, la riqueza, la felicidad en sí del género humano.

Los piladores

por F. Manrique Cabrera

Los Piladores pilan
pan pon
pun pon
pon pon.
Y las recias manos
callosas de dolor y tierra,
atadas a tan finas cinturas de macetas,
llueven sobre la tosca
copona de madera,
bautizada pilón,
sus rítmicos
pon pons.

Al conjuro pompónico los granos
tienden sus finas manos
—¡qué bellas son las manos
que nunca habréis de ver!—
en súbitos adioses
a sus cortezas madres.
Sangre de pajas corre;
lágrimas secas nacen,
bajo el brutal
pan pon
pun pon
pon pon.
Ved las cuestas del aire
de brisa adoquinadas

llevando cabizbaja
la pomponeada mezcla.

Las pajas, soñando ser reinitas,
—visiones de niñez—
van cabalgando brisas
de lomera esbeltez.
Y otros adioses súbitos.
Y otras lágrimas secas.
Y otro sangrar de pajas.
Y un coronar las yerbas.

¡Ah! ya la brisa se cansa.
Jadea. Desfallece.
Y entonces,
como garrocha,
como cuchillo o foete,
la sudorosa boca del pilador
esgrime
su silbo
juiii juiii juiii juiii
penetrante y lejano,
precursando
el San Lorenzo
amarra el perro
y suelta el viento
remotísimo
y jíbaro.

Así pon pon y silbo
silbo, canto y pon pon,
el cuerpo de los granos
va a vestirse de sol.

¡Pobres los padres brazos
del rítmico pon pon!
¡Triste la boca madre
del silbo cantaor!

Hambres petrificadas,
cadenas y dolor,
se han grabado en la piel
verde mate y obrera
del eco y la canción.

Otra vez para siempre
pan pon
pun pon
pon pon
brutal a sombra y sol,
Juan Bautista del silbo
juiii juiii juiii juiii
remoto y cantaor.
Luego . . .
San Lorenzo
amarra el perro
y suelta el viento . . .
que otro perro más perro
de gigantes colmillos
me ha mordido el sudor
cuando los granos iban
a vestirse de sol.

Raíz y espiga

por Ernesto Juan Fonfrías

PARA NO DEJARSE GANAR por el abatimiento, Fernando volcaba su emoción y su vida en el cafetal, que era en estos momentos un reparador tónico para su desventurada orfandad.

La tierra le hacía suyo como hace con los seres que se le entregan, como había hecho con su padre y con José.

El cafetal le había ganado totalmente.

Lo poco que había aprendido de Esteban y de su hermano, lo mucho que había aprendido metiéndose de pecho en la finca durante los primeros años, lo demás que los hombres de la hacienda le fueron enseñando, lo que a diario alcanzaba a ver y a comprobar de la propia Naturaleza, lo habían transformado en un conocedor con suficiente capacidad para enfrentarse a cualquier problema.

Para la época en que Fernando se había hecho cargo de los destinos de "La Esperanza" todavía había carencia de métodos adecuados de cultivo en las plantaciones de café. La mayoría de esas plantaciones se habían levantado por razón de la Naturaleza, cuando la semilla caída al suelo al madurar o tumbada por el murciélago o el ratón germinaba espontáneamente bajo condiciones indeseables.

Las plantaciones originales de todas las haciendas se hicieron así, a pesar de que don Adolfo y luego Esteban fueron aprendiendo otros métodos, y en su aprovechamiento practicaban mejores cultivos.

Entre las enseñanzas que Fernando había aprendido y ponía en uso estaba aquélla de no arrancar los arbolitos del semillero tirando como de un yerbajo. Aprendió a sacar el arbusto para la resiembra con toda la raíz de donde venía pegado, como el hijo del vientre de la

madre por el cordón umbilical, y procedía a resembrarlo en la mina hasta verlo hecho un árbol recio y saludable.

"La Esperanza" había trabajado ese año en varias plantaciones nuevas.

La florecida había sido abundosa.

Desde enero comenzaron a cuajar los capullos lechosos de la flor del cafeto y se vistieron los arbustos allá para marzo con las galas nupciales de la novia. De ahí en adelante empezaba a cuajar la poma en las diminutas pulpas que se engalanaban de verde, para ir aumentando de tamaño y cambiando de color hasta convertirse en una uva de rojiza y suave cáscara, de la que, el múcaro gustaba chupar la miel.

Los árboles paridores se caían a tierra bajo la cargazón de sus bandolas.

La recogida del grano conlleva una disciplina ejemplar. Es una entrega amorosa entre la mano que se alerta hasta la rama y el grano que se entrega dadivoso.

Las cuadrillas están listas para ir a recoger café en "La Esperanza."

Las voces se han corrido por la jurisdicción. Hay buena paga y se trata bien al peonaje.

A los primeros a quienes los capataces dan seguridad de trabajo es a las familias de los hombres que laboran regularmente en la hacienda, luego a los demás.

En "La Esperanza" hay trabajo para todos; eso sí, se escoge al personal, porque la labor a hacer es de cuidado, sin prisas, para no tumbar el grano verde ni echar a perder el maduro. Mucho más importante que todo eso es que el obrero no debe ordeñar las ramas, porque este proceso disminuye la calidad del producto, al mezclarse los granos verdes con los maduros y los de distintos tamaños, afectando la futura producción de los árboles. Si ello ocurre, se lastiman las yemas vegetativas que son simientes para próximas cosechas.

El jíbaro sabe lo que es practicar un ordeño, pero en "La Esperanza" no tiene oportunidad de hacerlo, y si lo hace, no vuelve a trabajar.

La recolección comenzó a principios de octubre. Se alargará posiblemente hasta mediados de diciembre. Los obreros empezaron la faena con las primeras luces de la mañana, hasta promediar las dos de la tarde, aprovechando las horas más frescas del día. Generalmente, en esta época del año comienza a llover después de las dos de la tarde en la zona cafetalera.

Esa mañana el cafetal amaneció alumbrado de voces, de canciones, de chistes, mientras hombres, mujeres y niños no menores de diez

años van recogiendo la uva del café en canastos de bejucos que llevan colgados alrededor del cuello.

En un determinado lugar de la pieza se amontona el café recogido para medirse por almudes. Un almud tiene un equivalente de veinte litros cada uno; el de café uva pesa veintiocho libras y después de pilado, solamente cinco.

Fernando había discutido la tarde antes con don Zoilo, el mayordomo, y éste con los capataces, la distribución del peonaje por colonias de café. Al frente de cada cuadrilla quedaba un capataz de mucha experiencia y largos años de servicio en la hacienda.

—Alejo, a ti te toca la piesa e la rejoya. Ten cuidao que a jaldosa y loj álbolej se dan apretao uno con otro. Llévate a loj Belmude. Son má de beinte y saben bien el trabajo. Otraj besej han atendío la recogía ahí mesmo.

—Bien, don Soilo; berá ujté como le saco má almúe a esa rejoya que ejtrella tiene el sielo.

—Pue andando, biejo, a bel si acaban en do día.

—No me ajore mucho la yegüita, don Soilo. La piesita ésa se laj trai. Ahí hay café como cojitre, pero beré lo que jago.

Bueno. Oye tú, Crisanto, bete a la piesa del Salto; llébate a la gente del año pasao.

—Andando. ¿Me pueo trael laj mulaj? Ahí hay que abiel mucho café.

—No toa, Crisanto. Llébate trej. Si te jasen falta máj, mandame rasón y noj arreglaremoj.

—Anotao, don Soilo.

—Pajcasio... Pajcasio..., ¿a ónde diabloj se habrá metío ese hombre?

—Aquí toy, don Soilo. Taba desaborío con ejta frejca y no lo oí. Mande ujté.

—Arrímate a la piesa e la Jabilla. Ejcoge loj peonej que quieraj. Eso sí, que sean buenoj. No deje que oldeñen, Pajcasio. El año pasao perdimoj en esa piesa. El cafe bino tó mejclao.

—Ejta bé no pasará, don Soilo, aunque tenga que sacaile el bofe a loj sombre.

—No tanto, pero no te llevej ejta be a lo sijoj e don Mariano. Esoj pol abansal rajcan toa laj ramaj.

—He pensao trael a loj Güícharoj, don Soilo. Esoj saben como doltore.

—Bueno, y pa calgal el café, llébate un carro y do parej e yunta.

—Me boy entonse.

—Adió.

En esta forma don Zoilo fue distribuyendo el personal en las zonas de trabajo, sin riesgos para el peonaje ni para el árbol. La cosecha ofrecía todas las posibilidades de un buen rendimiento.

Fernando se movía alrededor de las diferentes piezas. Hablaba con sus hombres, inspeccionaba la recogida, alentaba a los que veía rezagados y ayudaba con sus consejos y con su propio esfuerzo a ensacar el grano, que luego se transportaba a lomo de caballos o mulas o en los carros de bueyes hasta la hacienda, cuando la distancia o las condiciones del terreno lo exigían.

Después de la recolección se procedía a descascarar el grano, mediante el uso de la despulpadora de rollos que en la hacienda se operaba a mano, en un trabajo lento, difícil y costoso.

Desde la época de Esteban se usaba el mismo sistema para la eliminación de la pulpa. Cuando había apuros, se utilizaba el pilón para ayudar, pero era un trabajo también lento y cansón.

Uno de los procesos naturales más interesantes del café después de despulpado, y que Fernando vigilaba con cuidadosa atención, era su fermentación espontánea, tomando para ello entre doce a veinticuatro horas. Durante dicho período el mismo grano genera calor suficiente para eliminar el mucílago que lo arropa, que luego facilita el lavado que sigue al proceso fermentativo. El agua actúa libre y abundantemente para eliminar de la pepita toda substancia babosa.

En "La Esperanza" el lavado era un proceso en el que se ponía mucha atención porque la calidad del grano provenía mayormente de la limpieza de la pepita de café. Por eso, el caracolillo, por razón de estar bien lavado y bien seco, tenía tan buena acogida.

Se iniciaba el secado inmediatamente después del lavado, y para ello en la hacienda se usaban cuatro tendidos espaciosos de cemento llamados "glacis."

El "glacis" era una vieja y leal institución en la Colonia. El grano se secaba desparramado a la intemperie, sin que el sol interviniera en lo más mínimo. El "glacis" servía, además, para celebrar reuniones de todas clases: bailes, peleas de gallos y para la fiesta del acabe con la cual se daba fin a la cosecha. Participaba en la misma la población de la hacienda, los vecinos y amigos que le rendían culto al cafetal.

Fernando quiso celebrar con honores la buena cosecha de ese año, a pesar de que las condiciones económicas generalmente eran difíciles y el precio del café en el mercado había bajado considerablemente.

La agricultura iba perdiendo seguridad. Muchas haciendas habían dejado de existir debido a la falta de brazos, otras a las escasez de recursos, algunas al abandono y pobreza de las tierras, tal vez a la vejez y deterioro de las plantaciones, o a la carencia de recursos

científicos para mejorar las siembras, pero especialmente a que muchas de aquellas fincas que antes rendían tan buenas ganancias estaban o habían sido convertidas en siembras de azúcar, cuyo producto ahora reinaba como el principal en la Colonia.

"La Esperanza" no habría de cambiar.

La fiesta del acabe estaba en todo su apogeo. El grupo de músicos era dirigido, como siempre, por el viejo Molina, quien dominaba la guitarra como un maestro; pulsaba con mucha habilidad la mandolina el hijo de Canuto Ortiz, quien vivía en la hacienda "La Bonita," de don Calixto Bermúdez, en la guardarraya de Las Marías; el acordeón pequeño y redondo, de voces sonoras, lo tocaba Paco Torres y el güiro el famoso Bartolo, quien una vez fue llevado a San Juan para participar en un concurso de güireros y se ganó el premio, pero también cargó con una paliza de padre y señor mío cuando, entrando a Vega Alta de regreso de San Juan, quiso "darse pisto" de concertista de güiro, y "pa que no sea parejero el condenao," según comentó un guapo de barrio, le hicieron cargar con otro premio. El músico echó a correr como alma que lleva el diablo y no paró hasta arribar un par de días después a Mayagüez.

Don Fernando había autorizado otras diversiones; entre ellas, permitió que los arrimados concertaran sus peleas de gallos durante la tarde y los demás aficionados se aventuraran con alguna carrera de caballos al día siguiente.

El jibarío femenino más guapo del barrio se dio cita en el "glacis" central del batey.

La edad de los presentes se contaba desde los quince hasta los setenta y pico de años. Dependía de la bravura del gaznate para tragar aguardiente y la fortaleza de las piernas para danzar el seis zapateado y las mazurcas.

Para que el holgorio tuviera el tono de toda fiesta de acabe, se dejaron algunos árboles de café sin recoger en las cercanías de los ranchos. Cuando se dio la orden de comenzar en las primeras horas de la noche, a son de campanazos primero y música brava luego, la gente se fue a coleccionar ese café, y aprovechando un descuido, amarraron al mayordomo con los cinchos de las canastas. Lo trajeron preso en mitad del gentío, entre risotadas y empellones. La música irrumpió con un son caliente, y las parejas salieron a echar un pie a golpe de zapatos y tragos de ron caña.

—Ejta fiejta ba a dural dó día, asegún don Felnando —le arguyó el negro Carlos a Monchile Cruz, mientras apuraban unos tragos.

—Dejta no me salba nadien pa cogel una juma.

Carlos se empujó otro trago peleón que pareció hacerle vomitar los pulmones.

—Maldito sea el pujo e coco, ejte ron ta endiablao.

—Así e güeno, mano Carlo. Me boy a sampal otro pa cogel juelsa.

—Po bamoj. Yo me lo doy también.

Fernando y Maruja presidían la fiesta como era la costumbre y eran sus deseos.

La gente se divertía, bebía y comía a todo trapo.

En uno de los ranchos se asaban a la vara dos novillos gordos y tres puercos magros de mediano tamaño. En varios calderos a carbón vegetal hervía el estofado de cabro, que las manos de la negra Micaela con las de otras ayudantes venían atendiendo, mientras empinaban sus buches de aguardiente a escondidas de las demás. Otra olla olía a arroz con gallina; en las demás se cocían yautías, plátanos, yucas y otras viandas.

Fernando y su esposa se retiraron a eso de la una de la madrugada, después de despedirse de los fiestantes, quienes, sin el temor de la presencia de los patrones, le dieron rienda suelta a la alegría, hasta que las primeras luces del amanecer empezaron a deslecharse por detrás del Salto.

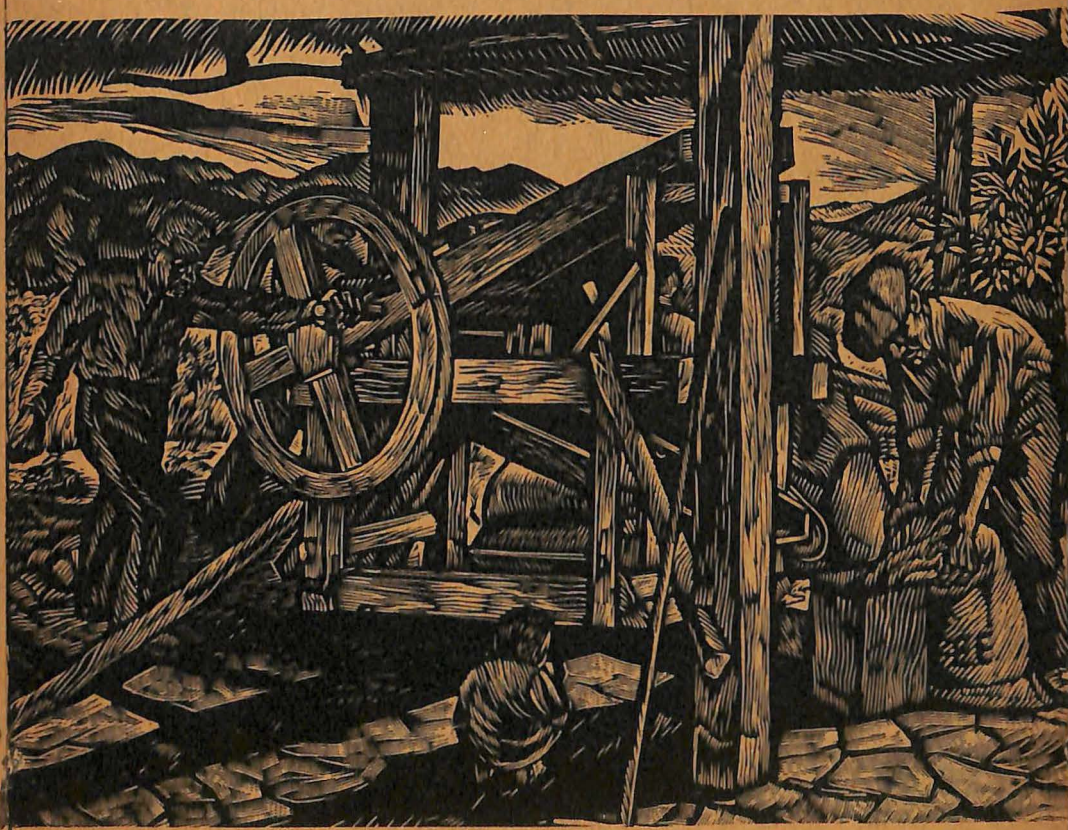
Las grillas de gas y los quinqués que, colgados en hileras, alumbraban el "glacis" se habían adormecido sobre sus mechas cansadas, como muchos de los participantes, que sobregirados en tragos, en comida y en cansancio, se veían arrinconados por las esquinas, debajo de los árboles, sobre los sacos de café en el almacén, mientras alguno que otro más fuerte o más valiente remedaba con voz aguardentosa el gutural cloqueo de los múcaros en lo alto de los guamás.

La fiesta del acabe se celebró en "La Esperanza" como nunca antes. Ni aun en la época de don Adolfo se vio cosa igual.

café

cinco grabados de Rafael Tufiño

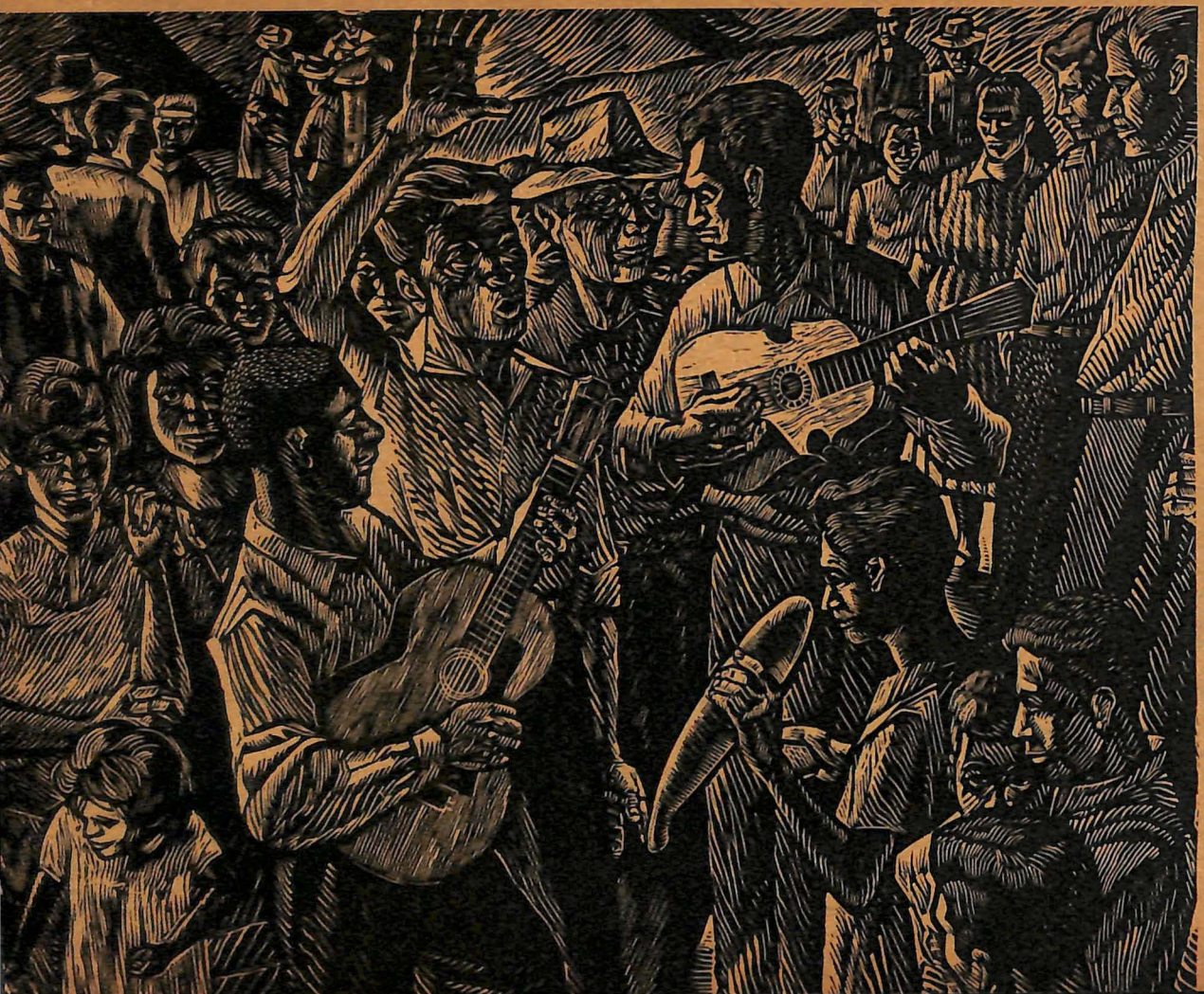
Recogedora de café.



Despulpando el café a máquina.

Despulpando con pilón.

Secando el café al sol.



La fiesta del acabe.

El Instituto de Cultura Puertorriqueña le encomendó hace algunos años al artista Rafael Tufiño que preparara una serie de grabados en linóleo sobre la vida en las haciendas de café del centro de la isla.

Tufiño vivió durante varias semanas en la zona cafetalera, tomando apuntes para los grabados, cinco de los cuales son reproducidos aquí.

Además de sus grabados en madera y linóleo, Tufiño se ha destacado en la isla y fuera de ella por sus pinturas, dibujos y carteles.

Esencia de la manaña y musaraña de la noche

por Tomás Blanco

UNA BUENA TAZA de café con leche es, sin duda alguna, alimento nutritivo y excelente. Añádasele pan con mantequilla a discreción, y ello basta para un buen desayuno: el clásico desayuno regional.

Aún el café solo, "prieto y puya" —sin leche y sin azúcar— no deja de ser útil alimento, en un amplio sentido fisiológico, como lo son las vitaminas, las especias, las sales minerales, el vinagre y el vino.

Pero el café, más que una bebida, antes que un alimento, es olor grato y fino, inimitable aroma cerebral de gran altura y, al mismo tiempo entrañada, sensual, muy tierra-a-tierra de la tierra nuestra.

Por eso, antes que nada, lo que más importa en el café es que huela como debe oler.

Y, por eso, hasta como desayuno, el café es, sobre todo, magnífica fragancia y animoso olor. Es la esencia de la mañana en doble modo: —una engallada y desrebujadora esencia matutina y, a la vez, por igual, la quintaesencia misma de nuestras mañanas: La encarnación sensible de un metafórico concepto y el extracto incorpóreo, el alma desnudada, de unos aceites aromáticos.

* * *

El café no engaña a nadie. No presume de valores ficticios. Es ajeno a las falsas omnipotencias y omnisapiencias, a esa engañosa autosuficiencia despectiva que produce en muchos casos el alcohol. Completamente libre y limpio de los fraudes y trampas de las drogas heroicas, no conduce a paraísos artificiales. No hace ver lo que no existe. No cultiva la ilusión de dar lo que no se tiene.

Si los fisiólogos le descubren efecto estimulante, es porque

aprovecha y aquilata el potencial existente de energías, aumenta el rendimiento de los recursos latentes, sin desgastes mayores, sin estragos, aberraciones ni agotamientos.

Por eso, desde que se empieza a oler, es sencilla y francamente reconfortante. El bienestar que exhala es real y efectivo, tónico, y —por así decirlo— normal. Combate el decaimiento y la fatiga, aclara la mente, ensancha el corazón, despeja las modorras, hace respirar hondo y provoca a pensar largo y tendido.

* * *

Al despertar, después de las comidas, en la merienda y como tente-en-pie, desde la madrugada hasta la tarde, la taza y el pocillo de café tienen puesto indicado en el horario de la antillana convivencia y vida diaria.

Después de puesto el sol, cerrada ya la noche y dentro de ella —hasta las altas tantas— el café muéstrase fiel y ameno camarada del trasnochador y del noctámbulo, del aficionado a la querencia de la Antilla ennochada, amante voluptuoso de sus honduras, munificencias y secretas penumbras...

Y el pocillo —repetido en este o en aquel cafetincito— es incitante guiño de la noche, ardoroso enemigo de la indiferencia y el cansancio.

* * *

Mientras con manos lentas el reloj desgrana las más menudas y apagadas horas —la una, las dos, las tres, las cuatro— el café sigue siendo cómplice entre la noche y su amador.

De pronto, un soplo trae, no se sabe de donde, una flecha de aromas que pasa rectilínea. Otras veces, un vaivén de fragancias, mecido por la brisa, aumenta y disminuye en permeaciones suaves: son bucles de airecillos perfumados por hálitos de flores que, en la sombra nocturna, permanecen ocultas. Sólo de cuando en cuando se revelan algunas a la vista, al par que nos da el alto un enjambre de olor. —¿Dama-de-noche, acacia, madreselva, jazmín, mirto, azahar, gardenia, hilán-hilán?

Aquí, en esta isla, el perfume es casi monopolio exclusivo de las flores perfectamente blancas o de aquellas que, en blancura indecisa, son algo verdeantes o amarillean un tanto. Las de colores vivos y vistosos, en general, huelen muy poco o nada; siempre bastante menos que en otras latitudes.

Pero las blancas, en la noche, son estrellas de olor. De caprichoso olor, a la vez delicado y contundente, denso y volátil, provocador y esquivo... Y, el café, como grano de almizcle fijador en un pomo de esencia, lo recoge y retiene mejor en el sentido.

* * *

Mariposa nocturna: insecto iridiscente, alerta y avispado, bu-

llidor y brillante, es el café; en tanto que en sus horas —una a una— deshójase la noche...

Sin prólogos ni epílogos de nublazones y lloviznas, en repentino dos por tres de sorpresas, ha pasado un chubasco. El aire queda blando, húmedo, quieto. Dentro del ambiente remojado se insinúan más modestos olores, algunos casi imperceptibles: emanaciones de la tierra, de la yerba, vahos de la humedad en sí. O el trasudar de arenas, asfaltos y mamposterías; recalentados en las horas soleadas, que aún sueltan su calor.

Intermitentemente, bajo el aliento espeso de la mar encelada, el litoral levanta sus efluvios salitrosos de savia de palmera de coco, de humores de sargazo y caldo de mariscos.

Hay una calma. Es un momento en que todo queda pospuesto o en suspenso: —La noche está en sus últimas. Y, a la orilla del mar es desde donde mejor se puede contemplar como se esfuma.

La vía láctea hormiguea entre copiosa siembra de estrellas y luceros. Sobre el mar, al oriente, apenas si se nota un trasunto de bruma. Por allá se suceden, en rara coincidencia, tres ritmos astronómicos: Primero es Venus, la estrella matutina, que se eleva esplendorosa de las aguas, casi como una luna, más pequeña pero más rutilante, más blanca y azulada. No ha pasado una escasa media hora cuando sale también la luna misma. La claridad lechosa se acentúa. Todavía no es el alba. Pero poco después, ya lo es, brevísima. En seguida, la aurora. E inmediatamente, el sol, por fin, asoma: —Amaneció.

Luego se despereza madrugadora ronda de la brisa. Ya están en algún sitio tostando buen café. Su aroma se entremezcla con cheros de marismas.

Ha empezado de nuevo la mañana.

El cafetal

por Virgilio Dávila

En el monte riqueño, de la base a la cumbre,
las eurítmicas copas de las guabas se ven,
y debajo de ellas, cual soldados en filas,
los preciosos arbustos del precioso café.

Los arbustos florecen, y las albas corolas
a los ojos similan del que ve el cafetal
mariposas enfermas, si en el suelo han caído,
estrellitas de nieve, si en las ramas están.

Se hacen frutos las flores, y las bayas jugosas
a los ojos simulan del feliz labrador
esmeraldas joyantes, las que verdes se encuentran,
y joyantes rubíes, las que están en sazón.

En el monte riqueño, de la base a la cumbre,
las eurítmicas copas de las guabas se ven,
y debajo de ellas, cual soldados en filas,
los preciosos arbustos del precioso café.

Es la tropa bizarra que se apresta a la lucha
para dar a Borinquen bienestar y esplendor,
escalando los muros de la gran fortaleza
donde el oro domina con su brillo de sol.

Canción del cafetal

por Obdulio Bauzá

Vamos al cafetal, amada mía,
en esta tarde en que los dos queremos
el verde campo y nuestras almas sienten
deseos de estar a solas:
amar la tierra, cual si el mundo fuera:
un mundo inhabitado.

A tu carne sedienta de ternura,
la besará la lumbre de un sol único:
hecho para tu pulpa solamente.

La fronda cantará para ti sola,
y el arroyo su vena de agua tierna
la llevará a morir sobre tus labios . . .

Vamos al cafetal, amada mía,
para que te desnudes poco a poco
de todas esas cosas que la Vida
ha ido dejando en ti . . .

Y así desnuda seas:
bajo los árboles
un pétalo dormido en la hojarasca.

Montaña en flor

Wáshington Lloréns

En la hacienda de Don Manuel Martínez hay una montaña; en la montaña, un cafetal; en el cafetal, abundantes guamás, guineos, bucares. Muy cerca de la montaña hay un glacis donde se seca el café al sol; junto al glacis está la despulpadora; más allá se levanta majestuosamente la casona de maderas del país cortadas en menguante. La casona tiene una sala muy limpia y ordenada; en la sala hay cuadros de todos los asuntos de la cristiandad, una hamaca de maguey con cabuyera verde, algunos floreros de yeso, muchas zarandajas y cuatro sillones con "antimacasares."

Al cantío de un gallo de la casa hay una vereda que da a la "quebrada" y un huerto donde crece la exuberante habichuela colorada, el tomate de Jayuya, el empurpurado pimiento, el ají picante, el recado casero, la verdolaga lozana.

Ustedes conocen el cafetal. Se ve enmarañado y "enmalezado" desde fuera, pero en su seno hay orden y sistema. Tiene "calles" alfombradas de "cojitre." En fin, la montaña es un pebetero, la "quebrada" es cantarina y juguetona. Los bohíos son alegres. De noche se "enciende" de súbito la orquesta estridente de los coquíes en celo. El día es para el trabajo; la noche, para el descanso bien ganado y la tertulia y las coplas "ayleloleras" y los cuentos de fantasmas. Ustedes conocen el cafetal...

Aquel año no fue buena la cosecha. El múcaro "espepitó" el café, "baneó" el grano; abundó el caritoso; el descumbre no se hizo como Dios manda; algunas piezas se "ajorcaron"; los pobres cafetos apenas resistieron la mordida del hongo. No embargante, a su debido tiempo,

los generosos arbustos se cubrieron de perfumadas estrellitas blancas y luego se encendieron con las uvas en sazón.

Don Manuel Martínez es un jíbaro "tostao" y de pelo en pecho. Tiene la sobriedad y el orgullo de un lejano antepasado castellano y la socarronería del campesino serrano. Doña Teresa, su esposa, "pechugona" y pequeñita, es buena como el pan de Ponce. En fin, parece una santa mujer, y lo es en efecto. La "trujo" don Manuel de la Capital, donde era orgullo de una familia con ínfulas y antepasados. A la única hija la llaman Flor de Café.

La Voz de la Montaña

Descansan las cogedoras. . . El cafetal tiene juguetonas veredas de luz y nerviosas alas entre las ramas de los guamás frondosos. Es la hora cálida de las abejas laboriosas... Flor de Café rasguea la guitarra.

—La flor del café se abrió
como se abre una estrella...

Mientras canta a sus anchas, Flor de Café deja ver con muy poca coquetería un par de pantorrillas desnudas y de muy buen año, dicho sea de paso.

Y el bobalicón del mayordomo que la contempla "embelesao" le dice a la "comae" que tiene cerca, sin parar mientes en lo que tan a la vista está:

—¡Qué "ojazos" se gasta la hija del padrino para mi tormento!

Y tú, lector amigo, seguramente has entrado en sospechas muy bien fundadas... O el hombre es tonto de capirote o está enamorado hasta más no poder. Pero dejemos esto para mejor ocasión porque de súbito se reanuda la faena en las calles perfumadas del cafetal. Canastillas al cinto y en los labios una copla, las cogedoras desgranan la noble sangre del cafetal cuajada en perfumados rubíes.

Una cogedora:

—Ahí viene el "mayordomo" a dominarle los palos.

—Es la hija del dueño, esta niña — comenta otra cogedora puesta en jarras.

—El flor primera, mal hablá... Y está como tigüerito en flor.

—Si lo dejan al "mayordomo" le vende el café en flor al amo.

—Pues qué te crees dél... Sus buenos cafetales los tenía él su viejo, y es ahijado del patrón. Y "contimás" sabe mucho de letras . . .

—Ya verán cómo le toca el enramado en el acabe, que es cosa de señores.

—Silencio, muchachas —dice el mayoral con sonrisa burlona— que los dimes y diretes suelen terminar en dares y tomares.

En el mediodía bochornoso el cafetal es hormiguero de esperanzas y aleteo de coplas. Las bayas ensangrentadas se amontonan en las canastillas rústicas de las mujeres como por arte de encantamiento.

Los hombres a los glacis, a los lavaderos...

Los muchachitos "jipatos" a coger granos "espepitaos" . . .

Y la montaña a perfumar...

Llegó el acabe, recibió el mayoral la enramada como los señores... Se bendijo la montaña y el trabajo con gran solemnidad y mayor contento. Y comenzó la tarea del desyerbo, del levante.

Así pasaron meses de constante ajetreo. Y mucho tardaba la "floreada."

Sombras en la Montaña

En el glacis silencioso donde todavía quedan restos del enchaquetado y del cuesco, bajo las estrellas mojadas, Flor de Café y el mayoral platican misteriosamente.

—Nos vamos... Papá quiere vender el cafetal...

—Para casarte con ese ricacho.

—¿Quién piensa en casorios?

—Tu papá y otra personita que me sé...

—Pues yo no, "desaborío"...

—Desde que te hacen la rueda eres otra.

—No digas eso, Alfredo, que estoy sufriendo desde que lo supe.

Flor de Café contempla en silencio la danza luminosa de los cucubanos.

En la sala de la casona hay también cuchicheos y suspiros. Don Manuel se pasea nerviosamente alrededor de la estancia. Doña Teresa levanta apenas la vista de la costura y contempla a su esposo con el rabillo del ojo.

—No vendas, Manuel —dice tras un largo silencio y un corto suspiro.

—Pero es que las cosas no están como empezaron. La última cosecha casi nos arruinó. Se ha perdido el mercado europeo.

—No vendas, Manuel. El café es nuestra vida.

—Nuestra vida está ahora en la Capital... Es mejor retirarse a tiempo.

—Como las ratas, Manuel.

—Razón tienes de sobra, vieja; pero no te encandiles.

Con éstas y semejantes razones andaban los cónyuges, cuando se le metió en mente a don Manuel un endiablado estribillo.

Poda tu café en menguante,
que se te dará abundante.

Doña Teresa contempló un instante la cara pelada de los "tumbaderos" de un pedazo de montaña encuadrado en la ventana, y de pronto dijo:

—Ay Manuel, yo no concibo la vida, nuestra vida, sin cafetal. Quien abandona la montaña le hace traición a la islita.

Y así iba ensartando los suspiros con una "miajita" de romanticismo y su poco de lógica. Y suspiro va y suspiro viene, continuó de esta suerte:

—Ay mi Puerto Rico del alma... Verde cuerpo de cañaverales... Roja sangre de cafetos... Aromáticos sueños de tabacales...

Y sin que supiera de dónde le venía el recuerdo, y a pesar de que meterse en coplas en aquellos momentos era punto menos que herejía, andaba la siguiente por los recovecos de su mente:

—Cariño,
no hay mejor café
que el de Puerto Rico.

Y mientras espantaba la copla, persistente y pegajosa como un moscardón, doña Teresa le decía a su marido:

—Ay viejo, dejar todo esto... Todos los años el milagro de la "florecida," la alegría del acabe. Todos los esfuerzos para la montaña, toda la montaña para la vida...

—Sí, mi vieja, estoy en un ten con ten de mil demonios...

Don Manuel se rascó la coronilla, tosió nerviosamente y salió por peteneras:

—Que no quiero lo que yo quiero es lo que me pasa, vieja.

Y como la buena mujer se le quedó mirando un tanto escamada, Don Manuel se metió en explicaciones que él mismo no entendía.

—Campesino soy, y de los "bragaos," y no quiero a mi hija campesina. He vivido siempre pendiente de la flor de café, que es la flor de mi vida, y no la quiero a ella flor de café. Flor de los "soberaos" más rumbosos de la Capital la quiero. Y no creas que le he cogido inquina al cafetal... ¡Ay vieja, si lo quiero más que a las entretelas del alma! Ponte, pues, a pensar en lo que está pasando por mí. Si le digo, vieja, que no me duele esta decisión, miento como un "condenao."

En la pulpería de don Serafín los hombres se "castigan" el gaznate con "cañita brava." Tienen el "romo" malo y las palabras tortuosas.

—Esto se acaba, compae. Ahora sí que entorchó la puerca el rabo. Ño Serafín, otro palo del "enganchao."

—Mala voluntá que le tienen los amos a la montaña. Ay bendito, ya no tienen "reaños."

—Enantes era otra cosa. Nos "salsiábamos" en el acabe. Pa las Navidades teníamos lechón "asao" y buen vino de pasas. Hoy si te veo no me acuerdo. Se acabó el pan de piquito.

—Tienes más razón que na. Se acabó lo que se daba. A lo mejor nos tenemos que "dir" pa "jurutungo." Quien quita no vive lejos . . .

En el cafetín hay olor a azúcar moscabado, a bacalao, a cebolla. De la cumbrera ahumada cuelgan racimos de guineos manzanos y guineos niños. En el soberao las gallinas picotean los granos de arroz y de maíz que se derraman de los hinchados sacos. El aire está saturado de ese picante olor a trópico encendido, a Antilla lujuriosa.

Y mientras don Serafín envuelve en papel de estraza un trozo de tasajo, dice con aire profético:

—En cuantito se vaya a la ciudad, se acaba el viejo como cabo de vela. Mételo entre cojines blanduchos y sedas y espejos, y cátale muerto en un dos por tres. Múcaro que "espepita" café no vive "enjaulao." Ese bueno de don Manuel tira al monte "desque" le olía el ombligo a dermatol. A templao y "macuquero" no le ganaba "naiden." Lleva la mancha de plátano de nación. Siempre le encontró la "virazón" dentro de la tormentera. Y se nos ha acobardao así de pronto.

A la sombra del ranchón de la "peonada" una vieja le hace cuentos a los niños "desinquietos."

Los múcaros en los cafetales chupan mucho café. Uno decía: con azúcaro, con azúcaro. La guinea decía: tostao, tostao. Y la cabra decía: bebe, bebe. Y así aprendieron los indios a tomar café.

Los niños repiten: "con azúcaro, con azúcaro" con grandísimo contento y alborozo.

La hora de la verdad

Alfredo no las tenía todas consigo. Había llegado la hora de la verdad. Cosas de la "condená" vida. Ay, los amos no sabían el mal que causaban. Por mor de unos cochinos pesos o por pura cobardía, abandonaban la montaña. La hacienda de don Manuel Martínez de Cuatro Calles, Puerto Rico, estaba en venta y ya comenzaba el desfile fatal hacia la costa engañosa. Tocaban a retirada y la montaña se estremecía y los jíbaros, olvidando sus dolamas, hacían sus motetes y liaban sus petates apercibiéndose para la ominosa fuga. Pero él se quedaría en la montaña. Le gustaba vivir de par en par y no era como la hoja del yagrumo, ni bailaba al son que le tocaban.

Como buscando razones para sus rebeldías, Alfredo recordaba sus tareas del cafetal y los cambios que traían las diferentes estaciones del año. Sí, se había criado en el cafetal y conocía todos sus secretos. En julio y agosto los guineos daban buena sombra y las guabas se es-

parcían como gigantescos paraguas. En septiembre el cafetal se vestía de rojo, se encendía, y era mismamente una llamarada. Ya en octubre la cosecha llegaba a su punto de sazón. En el cafetal se trabajaba todo el año. Las calles se repasaban cada quince días. En noviembre era el raspe; se recogían los granos "maúros," los "pintaos" y los verdes... Para las Navidades le traía de la tahona a Flor de Café un saco del mejor caracolillo.

Alfredo repasaba las cuentas de su rosario del cafetal con señales de melancolía que bien a la vista estaban. Desde muy pequeño aprendió a seleccionar las bayas mejor cuajadas en la "madurada" mayor del café. Y sin que nadie se lo dijera, sembraba los guineos a dos varas conuqueras unos de otros para cubrir los sitios soleados. Arrancaba con muy buena mano los arbolitos de los semilleros dentro de los tres primeros días de la luna nueva. Le gustaba secar el café al sol como Dios manda y no en las "vaporadoras." Sí, él sabía sin más ni más dónde el jején puso el huevo. ¿Quién le dijo que sembrara los árboles de guamá al norte y al este y en las partes altas? Buena puntería que tiene —decían los jíbaros cuando les ordenaba sembrar bucares y guabas en las hondadas y mocas en las colinas.

Alfredo se sabía de memoria el cafetal y estaba en todo. En fin, no descansaba de día. De noche era otro cantar. Cuando no comía "jiguillo" con Flor de Café, que es una manera muy "boricua" y muy sabrosa, por cierto, de pelar la pava, se iba a Cuatro Calles a echárselas de capataz rumboso. Y se las echaba a las mil maravillas, pues gustaba de las buenas mozas, del buen vino y del baile de garabato. Con lo cual queremos decir que tampoco descansaba de noche.

El recuerdo grato de sus trapisondas se empeñaba con la realidad dolorosa del cafetal. Sentía a veces vagos deseos de predicar a todos los vientos la vuelta a la montaña. Bien estaba la industrialización siempre que se mantuviera viva a sangre del cafetal. El veía las cosas como deben ser. Abajo, el ronco trepidar de las máquinas, el humo de las fábricas. Arriba, en la montaña generosa, las estrellitas blancas y los rubíes en varillas del cafetal.

Pero él no servía para redentor. Cuando lo sacaban de su gallinero se volvía una "jiribilla" y no podía disimular su condición de vallao. Tenía por necesidad que permanecer como un manganzón y un pajuato mientras sus compañeros bajaban de la montaña por un camino tortuoso que terminaba en la "prángana."

La Montaña en Flor

Y una mañana milagrosa amanecieron florecidos los cafetales. Pascua Florida y Navidad y Sábado de Gloria en una sola mañana per-

fumada. Era en verdad una gloria la mañana radiante y una maravilla de maravillas el traje de novia de la montaña en flor. Y don Manuel sintió una alegría muy honda, muy honda, como si a él le hubiera florecido el alma.

—Está la pieza como una sábana — dijo muy orondo.

La naturaleza, muy adornada y radiante, celebraba las fiestas precursoras de la roja ofrenda de los cafetos generosos. Y reían las guabas y las mocas y los pájaros. Había en toda la montaña un perfume nupcial. Era la hora de la luz recién nacida, del "rosidu" arcoirizado, del despertar de los nidos.

—La florecida . . . La primera florecida del año.

El cafetal se pobló de alas de mariposas. Caía de los cielos una luz dorada y tibia que se perfumaba en el regazo verde de la montaña encinta. El polen fecundante volaba en alas del viento, en las patitas rosadas de los pájaros, en el terciopelo multicolor de las mariposas, en los vellos rojizos de las abejas. Agentes invisibles y sagrados trabajaban generosamente en la noble tarea de la fecundación.

Y don Manuel, con voz temblorosa, le dijo a Teresa:

—Fíjate en la montaña, vieja, tiene ya aspecto de recién parida.

—Hombre de Dios, qué vulgaridad, si parece que acaba de hacer la primera comunión.

Don Manuel se secó con muchísimo disimulo una indiscreta lágrima y exclamó con grandes muestras de la emoción que le andaba por dentro:

—No puedo, mi vieja, no venderé el cafetal. . .

Y se sintió de súbito más joven, como un niño maravillado ante la montaña en flor.*

* Oído a un cuentista popular de Barros. Navarro Tomás, *El español en Puerto Rico*, 1948.

Solar Montoya

por Enrique Laguerre

En el cafetal volaban las mariposas oscuras, perdiéndose, muchas veces, en el cohitre morado. El albayalde y la plumilla hostigaban a las cogedoras y a los chicos, produciéndoles ronchas en el cuello. Unas moscas pequeñas y dormilonas volaban sobre las panas maduras en el suelo. El algodón saturado de dulces de la guanábana se ofrecía a los pajaros glotones. Helechos de tallo negro, los bejucos, los pega-palos y las mayitas de flor roja crecían hasta en los agujeros de las piedras. El cacao, la china, el anón y otros árboles frutales encontraban asilo generoso en lá humedad del abra. A las matas de guineo, pálidas, siempre con avidez de sol, se les caían las pámpanas cardenales. Una sensación de tranquilidad inundaba el espíritu.

Las mujeres hablaban sin descanso; sobresalía el tableteo de palabras de Emilia. Casi todas ellas llevaban la cabeza envuelta en un paño. Los muchachos removían la hojarasca podrida en busca del grano perdido, y descubrían un semillero de gusanos y caracolillos. Ocasionalmente los hombres entonaban coplas. Junto a los troncos de los árboles los sacos de henequén se iban tragando el rojo contenido de los cestos.

A mediodía llegaban rapaces y mozas con el almuerzo; hombres, mujeres y niños abandonaban el laboreo para sentarse sobre las piedras a engullirse las viandas. Entonces salía Gonzalo para la Casa; regresaba una hora después a proseguir el trabajo que no se interrumpía hasta que sucedía el desgaje de luces moribundas sobre las montañas y la sombra empezaba a llenar los valles.

En días de lluvia la labor se hacía más difícil. La gente trabajaba bajo el chipichipi, muchas veces calados hasta los huesos, pero si la lluvia era persistente suspendían la faena de la tarde. Los hombres cargaban el café hasta los glacis.

Los días pasaban sin que Gonzalo se resintiera por la tarea incesante. En cerros y laderas se aromaba de albahacas, poleo, salvia y saúco. Los camaroncillos y los yagrumos se movían llenos de gracia al soplo de las brisas. La campiña olía a cariños inolvidables.

En las noches de los días laborables acostábanse todos más temprano para poderse levantar al llamado de los pitirres, al que se ade-

lantó muchas veces don Alonso para barrer los glacis con escobas de palma. Confiaba a Gonzalo la dirección de las abras mientras él permanecía dirigiendo el despulpe de los granos. Siempre estuvo dispuesto a meter la mano en todo trabajo.

Un peón vigilaba el café tendido; frecuentemente lo removía con el rastrillo. Si se amontonaban nubes oscuras hacia el sur, se le unían dos o tres peones más para recogerlo en grandes sacos y llevarlo al almacén. A pesar de la lluvia, el caritoso era dejado en las esquinas del glacis, protegido con escobas terciadas en sus flancos.

La cosecha es la esperanza de estos jíbaros que viven vida tan puertorriqueña en la Cordillera. Todos —hombres, mujeres y niños— se entregan con fervor al laboreo de la recolección. La cosecha es la salvaguardia de sus obligaciones. Entre ellos es frecuente oír este emplazamiento: "Pagaré pa la cosecha." El terrateniente pequeño y el poseedor de alguna "manchita" hacen negociaciones a base del "café a la flor"; fe en lo porvenir, seguridad . . . Una fe ingenua que a veces se transforma en tragedia en días tormentosos, en tiempos de malas cosechas y de bajos precios. El jíbaro goza cuando las varillas de los arbustos se enmilagran con un millón de estrellitas albas y perfumadas. Durante los meses de la florecida vive en perpetua zozobra y sufre por las sequías persistentes, los vientos importunos o los aguaceros que "jienden las abras." Los llovizneros delgados en los meses desde enero hasta mayo son una bendición refrescante para su espíritu serrano. "Blanca como velo de recién casada" decía don Alonso que era la maravillosa florecida.

Desde que empezaban a "cuajar" las flores, don Alonso era todo observación. Admitir que "el café vanea" era llenarse de preocupaciones sin nombre. Pasaba las horas muertas bajo el rumor de frondas de guabas, mocas, guamas y bucares deseoso de que no entraran rayos permanentes de sol que luego producirían enchaquetado.

Si sorprendía estos "claros," su ansiedad quería tender ramas protectoras sobre los amados arbustos. Su vida era dosel de cariño sobre las abras, enmarañamiento de verdes sobre los valles. El gran jíbaro ponía extremado celo en proveer nueva sombra donde se necesitase y en hacer el adecuado descumbre.

Todos los que trabajaban junto a don Alonso sentíanse subyugados por su insobornable devoción al cafetal. Gonzalo participaba activamente de sus desvelos y confianzas. De los peones de la estancia, eran Ño Pancho y Paco quienes más identificados estaban con la Casa. Sobre todo, Ño Pancho Casillas, con su voluntad recia y nudosa y su firme devoción serrana. Eustaquio pensaba más en las "fogueras" que en otra cosa.

Durante la cosecha, además de los peones que tradicionalmente trabajaban para don Antonio, también venía alguno que otro jíbaro desempleado. El correcosta no era bien mirado en la sierra. Vida altureña, de amor seguro por la tierra, vivían los hombres, mujeres y niños que estaban al amparo del solar de Montoya.

Con íntimo dolor comprendía Gonzalo que, según pasaban los años, la pobreza iba amenazando la seguridad material de don Alonso. A veces, no tenía ni para pagar las contribuciones al gobierno. El no quería reconocer la inevitable "fuerza mayor" y se parapetaba en sus devociones de tierra en pie. Para los de la Casa era una consigna el no mencionarle jamás las posibilidades de la derrota. Al contrario, todos levantaban el espíritu para sostener el suyo. Hablaban con optimismo del laboreo. En particular, doña Ana no desperdiciaba oportunidad de demostrarle su segura adhesión. Aquella admirable mujer, Pancho Casillas y Gonzalo rebatían toda manifestación agorera de los visitantes pesimistas y flacos de voluntad. Todos temían a Taquio, que una vez vendió su finca para establecer un friquitín en las afueras del pueblo.

Pero don Alonso tenía una voluntad inagotable: encontraba apoyo en sus árboles, en sus siembras, en su casa; hasta en los bejucos que al llegar la primavera traían guirnaldas de flores amarillas para adorno de los cerros donde crecía la pomarrosa, el roble, el camaroncillo, la santamaría del milagro azuloso... Sentíase poderoso en aquella fortaleza de amor por la montaña que era Peña Clara. Tal fortaleza trasmitíase a los demás.

Don Alonso hacía esfuerzos inefables por mantener la fe de los jíbaros. Proclamaba su propia fe con palabras y hechos: amor a lo grande y a lo pequeño, que todo fortalecía la estabilidad. Amor a los picos más altos de la montaña, vestidos de nieblas volanderas; amor a las matas, a la cabecita hirsuta del achiote, al moriviví . . . Destruiríanse los yerbajos sólo cuando hubiese necesidad. ¿Para qué arrancarlos viciosamente? Por lo menos, sus raíces preservaban el suelo del arrastre de las lluvias . . .

Aquella disposición de Paco Pérez por aprovecharlo todo era resultado de la educación de amor de don Alonso. Los pájaros habían necesidad de alimentos; bien, urgía preservar las negramoras, las pomarrosas, las guasábaras, las frutas del cundeamor con sus entrañas abiertas. Lo que no daba utilidad material embellecía. El yagrumo, liviano y resistente, ofrecía sus tallos para faciitar el cargamento de los jíbaros. Además, las laderas se platean con el revés de sus hojas . . .

El jíbaro tiene que resistir en la montaña. Si no se puede tener la vaca, se tiene la cabra, vaquita del pobre; si no hay para el chiringo, ¡qué rayos!, se anda a pie. Hacer de la vida doméstica un culto; no a-

bandonar la tala, la manchita, la gallina. . . Muchos de los males del jíbaro le vienen a causa de su abulia. Conviene, pues, no declararse vencido sin luchar. Don Alonso había conseguido que muchos jíbaros se mantuviesen en un puesto de avanzada cuando ya estaban a punto de capitular.

El alza de los precios del café por motivo de la guerra fue una inyección de optimismo para don Alonso. ¿Pensaba en las consecuencias trágicas de la guerra? Sentía horror, pero Puerto Rico estaba lejos de Europa y él esperaba que Rodrigo no tuviese que salir hacia Panamá, según se había anunciado más de una vez. Sin embargo, posiblemente Gonzalo entraría en el próximo reclutamiento. Después de todo, aunque nadie sabía por qué se mataban aquellos civilizados salvajes, el hombre es hombre y nunca sabe el camino que ha de andar.

El café

COLUMPIASE del cerro en la pendiente
con sus múltiples globos de esmeralda,
el café, que descuelga su guirnalda,
matizada de púrpura viviente.

Pobre en hojas, de brillo reluciente,
va creciendo del cerro por la falda,
hasta que el tallo, ceniciento y gualda,
dóblase al peso de su carga ingente.

Tendido al sol, el rayo que le orea
hace que salte su corteza dura,
como un casquillo, que al crujir chasquea;

Tuéstase el grano y de su capa obscura,
disuelto el polvo que en la taza humea
nos brinda el néctar de su esencia pura.

Ferdinand R. Cestero

El acabe

por Juan A. Corretjer

FRANJÓ el azur fronteneño
el Camino de Santiago
dos veces más, y una más
volvieron los Reyes Magos.

En sus jaquitas pintadas,
con sus tiples de aguinaldos,
sus espuelas eran seis
horquetitas de guayabo.

¡Qué gusto verlos llegar
a la vez por doble plano:
de puerta en puerta eran gente
y en los cielos eran astros!

Llegaban por las veredas
entre güícharos y cantos
y venían por los cielos
sobre los montes brillando.

Y lo recuerdo... En enero,
con el ripio terminado,
asomado a la ventana
mi padre dijo:— Este año
que viene, "La Guardarraya"
su mejor fruto irá dando.
Haremos más grande "Acabe"
que se ha hecho en el pasado.—

Y fue. ¡Ver la florecida
que nevó, copioso, marzo!
Parcas lluvias, luz de abril,
la florecida plenaron.

¡Leche que llovió en el bosque,
sobre el verde, en cada árbol,
esa vaca de los cielos
que pace al lado de Tauro!

Ver granar junio y mirar
las orillas ir dorando,
y cargando hasta el agobio
encapsular sol los granos.

La guitarra correcostas
regresada de los llanos.

Ver finar julio, trayendo,
al cuello ya los canastos,
nuevos sueños a la luna,
nuevas coplas a los labios.

Claros triunfos del esfuerzo,
alegrías del trabajo,
que van por la vida arriba,
vienen por la vida abajo,
como la línea melódica
del poema de los campos.

¡El "Acabe"! ¡Qué ilusiones
las del "Acabe"! ¡Qué ancho
vuelo de jarana! ¡Trémulo
són que volando del cuatro
en un potro de piropos
la novia se irá robando!

¡Sueños que sueña la musa
de aquél que va improvisando
con madreselva y lucero
sueño llevado en los brazos!

¡El "Acabe"! Y a su nombre
todo se va iluminando.

¡Cuando, en septiembre, una tarde,
sobre el monte se ha formado

tan rara nube! ¡Era un hombre
de ancha espalda y muy anciano!
¡Llevaba el hombre a la boca
sostenido entrambas manos
un gran fotuto, y de pronto
se oyó el caracol sonando!

Tremó el campo como trema
el zarzal si está quemando.
Una ráfaga tremenda
vibró al monte, plegó el prado.

Luego, en el mundo, el silencio.

Huyeron los cucubanos,
los coquíes; cuanto vuela,
cuanto se mueve arrastrando.

La última luz del crepúsculo
fue como un lienzo morado.

Lo rasgó el viento. Girones
de nocturna sombra. Harapos
de panoramas deshechos
y luceros destrozados.
Desde su cuenca lejana
se trasladó al oceano
derramándose en la tierra
como un aljibe sonámbulo.
Luego, un remedo de día
que no llegó a ser creado.
Lívidas mutilaciones
entre el silbido satánico
de un ejército invisible
deshaciéndose en disparos.

Y esto lo vi. Sobre el cerro
que el viento dejara calvo,
bailaba un monstruo gigante
con dos molinos de brazos,
en un solo pié. ¡Ese pié
sobre la tierra clavado
lo hundía en la tierra! Escarbaba
en loco giro, bailando.

El fango subía en un chorro
enloquecido, girando.

Y cuando el gigante monstruo
fue del cansancio ganado,
al derribo de su cuerpo
quedó la tierra temblando.

Lo aplastó todo. Ni un trino.
Ni una sobra. Era el amplio
horizonte sin árboles.

Desde Cerro Gordo al Paso
de Yunes. Todo horizontes.
Y en medio los ríos cargados
de escombros. Tremendos ríos.
Todos los ríos sangrando.

¡Padre mío! ¡La "Guardarraya"!
¡Todo "El Cariño"! Y andando,
solo, entre troncos caídos,
miré sus ojos!

Pasaron
sobre las ruinas sus ojos.

Y ya diciembre, salvado
lo salvable, ya rehecho
lo que rehacer fue posible,
llorado ya lo llorado,
la afirmación de la vida
reafirmaba su mandato!

¡Nadie lo creyó, de súbito!
¡Nadie lo creyó, y en cambio
era cierto! Todo el glacis
había sido preparado
y el festival de "El Acabe"
Don Diego va a celebrarlo.

(Alrededor, como un fantasma
del huracán el estrago.)

Sonó la guitarra triste.
Seco y duro cantó el cuatro.
Y una a una las muchachas
a bailar fueron sacando.

¡Sueño que sueña la musa
de aquél que va improvisando
con madreselva y lucero,
sueño que lleva en los brazos,
y en la jaca del piropo
un corazón va robando!
¡Claros triunfos del esfuerzo,
alegrías del trabajo,
que van por la vida arriba,
vienen por la vida abajo,
como la línea melódica
del poema de los campos!

¡Acabó alegre el "Acabe"!
Y con el pecho alegrado
volvió el hombre a su faena.
¡Marchó al recuerdo el pasado!

¡Nuevas guavas de "El Cariño"!
¡Cafetal nuevo sembrado!
¡Guardarraya que creciste
nuevamente de sus manos!

¡Ahora que huérfano vuelvo
a la sombra de tu árbol,
bien sé que mi larga deuda
mal con estos versos pago!

Aquella noche en la sierra

por Antonio Oliver Frau

AQUELLA NOCHE EN LA SIERRA, el jíbaro que hay dormido en mi corazón se despertó... fue cuando mi padrino Pancho, cogiendo las escopetas, me metió una en la mano, mientras me picaba:

—¡Anda, muchacho, déjate de "embelesos" y vámonos para la Sabana a "guardear" los plátanos!...

Hacía tres días que yo había llegado a la estancia, y me pasaba las noches contando las estrellas y runruneando fantasías, mientras sobaba el lomo de un gato que me hacía compañía.

Y dicho y hecho . . . Mi padrino Pancho era así . . . Nos fuimos a los pesebres, y se ensillaron los caballos; el potro "Lucero" para él, la jaquita "Aurora" para mí. Para Goyo Martínez, el arriero, la mula "Avispa," que era brava y estrellera. Y para la Sabana nos fuimos...

Respingaban, briosas, las bestias, entradas en las sombras, orientándose en la obscuridad del cafetal... La noche estaba dormida y prieta, y en el cielo se ariscaban las estrellas...

Mi padrino Pancho picó a "Lucero," y el lomo despierto del caballo se hizo masa de azabache, confundido con las tinieblas de la noche . . . Y hasta la mula "Avispa" me dejó rezagado. Ya — al partir —mi padrino me había avisado de sus planes:

—Te voy a dejar solo en el campo raso, para que te busques el camino. . . El hombre "macho" debe de buscársela solo en la vida, contra vientos y tempestades... Vete aprendiéndote esas cosas que son parte de la ley nuestra...

Mi jaquita "Aurora" era mansa al parecer, pero si la picaban espuelas, se tragaba los caminos en "cantíos de gallos" . . . Me lo había dicho Manolo el mulero, un día de brega en los potreros, mientras me explicaba las "mañas" de las distintas bestias; y yo me lo sabía y me lo callaba, para demostrarle a mi padrino en ocasión propicia, que todavía estaba un jíbaro durmiendo en el corazón de su ahijado predilecto...

En "Cuchilla Fría" se me apareció un hombre, con farol en mano... La luz, sobre el camino, era como un reguero de rosas, que rompía con sus cascos mi jaca "Aurora," anhelosa de riendas . . . Le hablé al aparecido y me contestó con "unju" . . .

Parecía un fantasma... Usaba un gorro de saco, que le colgaba desde la cabeza hasta la cintura, donde lo remataba amarrándolo a la barriga, que la traía escurrida...

Le pregunté que para dónde iba y me contestó con rezongo; "Pa ahí alantito"...

La cosa fue que me "aluzó" el camino. Y a pesar de ser tan medroso y feo, mi jaquita "Aurora" no se espantó . . . Parece que lo conocía, y hasta lo despidió con relinchos cuando desapareció...

Se me escurrió de los ojos aquella luz como si fuera un "cucubano" . . . Se tiró por una boya de café, entre revueltas de la jornada, a punto que yo llegaba al caserío de los Canales — dos horas de distancia — donde me esperaba mi padrino, fiestero y alegre...

Mi tío me repasaba el camino, y sorprendido de verme sin las costillas rotas, me azuzaba:

—¡"Hombre", "hombre"! Y yo que "creíba" que tendría que salir a buscarte. . . ¿Cómo te has salido con la tuya, muchacho, montando esa jaquita "Aurora" tan resabiosa bajo la espuela . . . ?

Yo me sonreía, socarronamente, sacando las espuelas del mochilo y mi padrino me decía aguzado:

—¡Y yo que te "creíba" perdido, muchacho, desde que te fuiste! ¡Semos el "mesmo" diablo esta "partía" de jíbaros!... Pero y el camino obscuro ¿quién te lo aluzó...?

Le conté la historia del "aparecido," con gorro y farol, y mi padrino Pancho lo tomó como cosa natural y sabida:

—Esas son cosas de "El Duende," me dijo... Aparece de noche y desaparece de madrugada, farol en mano, pa el "aluce" del camino... Dicen que tiene parte con Dios y parte con el Diablo, que le prenden y le apagan la luz con sus conveniencias...

Y remató, chispero:

—Yo digo que ésa es la luz "eléctreca" de "nojotros" los jíbaros... Y se reventaba de risas, alto y ancho, como un coloso, contra el fondo de la noche...

Pero ya llegaban hasta nosotros los agregados de la estancia, que vivían en el caserío, y don Sixto Ortiz, grandote y fuerte, que era el mayordomo y se presentaba metido en "palos" nos hacía envite para la entrada...

Me desmonté de la bestia... Bajo la luz apagada de los luceros y de las estrellas, el sudor de la jaca, burbujeaba perlas que le resbalaban por ijares...

Nos trepamos a la casa... Brindamos cervezas en vasos de coco, y una mocita, respingona y coqueta, nos sirvió agua fresca, de la tinaja cercana...

Mi padrino Pancho se entró en honduras y conversaciones sobre bregas agrícolas de don Sixto... Yo oía que hablaban y hablaban de quintales de café, inesperados, que bajaban de las "piezas altas del cafetal" pues la floreada de abril había dado una sorpresa que se calculaba en cien nuevas fanegas con las cuales no se contaba en sus cálculos. Mi padrino y don Sixto echaban planes y planes para la futura vida del cafetal... Los cocos de cerveza se vaciaban y se llenaban y volvían a vaciar en un santiamén... A mí se me iba un poco la cabeza...

De la loma cercana donde se amatojaba un bohío nos vino la desgracia de una copla adolorida:

Casi, casi, me quisiste.
Casi, casi, te he querido;
si no fuera por casi, casi,
casi me caso contigo . . .

Y se murió la copla así:

Toíto lo consume el tiempo,
con el tiempo to se acaba;
se acabó nuestro querer,
lo que yo nunca pensara...

La mocita me picó los ojos, y yo me le arrimé. Era coqueta y retrechera como ella sola... Para mí que también había tomado sus cocos de cerveza, porque tenía los ojos brillosos, y le relumbraban como dos azabaches bajo la luz del velón...

Se me subió una ráfaga de locura y de ilusión a los labios, y le hablé de amores y de quereres, que prenderíamos en una casita blanca, a la orilla del río, viendo las palomas, ebrias de sol, echarse en desbandadas y en parejas bajo el cielo azul de la Sierra, y sobre el vaivén aterciopelado de los pajonales...

Me parece que ella me creyó un poco ilusionado y embustero, porque me dijo, espuelada:

—¡Mire, don, guinde su hamaca en otro rancho, toos ustedes dicen siempre lo "mesmo"...!

Don Sixto daba manotazos sobre la mesa del aposento, y decía y repetía que su departamento "tenía las piezas de café más paridoras de la hacienda"... Se le crecía la mirada en los ojos, y de la cerveza sacaba confianza suficiente para darle palmadas en las rodillas de mi padrino que lo escuchaba alborozado, y le decía:

—¡Ya tú verás, Sixto, qué bien vienen las cosas para este año entrante!...

Ya la noche estaba entrando en madrugada, y no llegábamos a la Sabana, para "guardear" los plátanos... A mí hasta se me había olvidado un poco para donde íbamos, hasta que mi padrino me dio un cantazo, con el foete por la espalda, y me dijo:

—¡Anda, hombre, despierta, que tú parece que siempre andas "adormío"!...

Y montadas las cabalgaduras para la Sabana seguimos de nuevo ... A la orilla de los caminos las mayas eran madrigueras de ratas. Se oían, en la espesura de los cafetales, los múcaros que desgranaban el fruto maduro ... El frío se nos metía por las espaldas, y nos hacía cosquillas ... Mi padrino me pullaba los ánimos:

—¡Anda, muchacho, ya te vi entusiasmado con la mocita Candelaria, que es hembra de empuje, y corta más que el frío! ...

Y luego me dijo, sentencioso:

—¡No te dejes pisar de amores por hembra alguna, muchacho! ¡La ley de "nojotros" es que hay siete mujeres pa ca hombre, y si te apuras un poco, encuentras una octava! ... Yo, para combatir sus teorías, le recordé a la tía Francisca, tan buena para él, y por poco me come.

—Pero, ¿y quién habla de Francisca?... ¡Esa es otra clase de mujer! ... Pero, ¿y quién te mete a ti a hablar de eso? ... Yo me callé y me tragué el regaño... De mi tío se decía que "cuando le daba la luna" se bebía los vientos; pero que pasada la ráfaga, era el hombre mejor del mundo ... Yo lo entendía, y las dificultades sobraban entre nosotros ...

En eso apareció la Sabana ... Ancha ... Dilatada ... Como un pañuelo verde que se abría a los horizontes, repletos de vientos y murmullos ... Se echaba toda la llanura bajo el cielo estrellado, parida de platanares, frondosos y espesos ... Echamos pie a tierra y nos cobijamos bajo un ranchón de pajas ... Mi padrino revisó las escopetas, y nos repartimos las guardias. Yo estaba medio dormido, pero mentía ánimos, y a Goyo Martínez, el arriero, se le sobraba la voluntad para la "vela," atosigado de ron viejo, pues no quiso probar las cervezas, porque decía que aquellos "mejunjes son para nenes recién nacidos"...

Mi padrino Pancho me dijo que saliera yo del rancho y diera una

"volteada" en lo que él se dormía un poco... Para mí que lo hizo para probar la altura de mis ánimos... Goyo Martínez se fue por la punta opuesta del platanar . . .

La escopeta se me escurría de las manos, pero levanté valor y me adelanté en la Sabana . . . El campo estaba como prendido de luces de muertos, y el viento dentro del platanar quebraba conversaciones . . . De pronto yo vi un hombre que salía, campo afuera, con una bestia cargada de plátanos. Disparé la escopeta cuantas veces pude, y en eso despertó mi padrino y también comenzó a disparar su arma . . . Ladraban los perros del vecindario . . . Chirreaban, asustadas, las guineas sabaneras, y mi padrino y yo seguimos la batalla. Por poco nos cruzamos los cuerpos a tiros . . . Mientras tanto Goyo Martínez no aparecía por sitio alguno... Luego se presentó, fatigado, diciendo que había perseguido al pillo, sin poderlo alcanzar . . . Para mí que Goyo estaba metido en la "combinación" del robo de los plátanos...

Le comuniqué mis sospechas a mi padrino, y casi quería darme.

—¿Qué sabes tú de "eso"? —me decía—. Goyo es peón de confianza, y ahora vienes tú con "esas cosas". . . ¡Y ser tú el que lo dices, cuando que él te cargó en hombros cuando eras mocoso!. . .

Luego mi padrino se calló. Siempre me pareció que era un poco filósofo. . . Ahora riendo me decía:

—Es un poco gracioso lo que ocurre en estos "episodios" del pillo. . . Todas las noches salgo a cogerlo y todas las noches se me escapa. . . Parece que el diablo me trastoca los planos. . .

Yo tenía deseos de preguntarle si no tendría la culpa de todo aquello las entradas a la casa de don Sixto, y el asunto de los cocos de cerveza, pero no me atreví. . .

Mi padrino Pancho, dio remate a la conversación, y me dijo sentenciosamente:

—¡Pero qué diablos!... Esa tierra que ves toa es de "nojotros," y verdá es que yo mando a sembrar los plátanos, pero ella es la que los pare... ¡Vamos a dejar que el pillo viva también!...

Y terciando las escopetas en los hombros, nos volvimos de regreso a la estancia, dejando atrás la Sabana, arropada de sol y de neblinas, bajo las primeras luces del amanecer.

Canto al café

Con mi cuatro borinqueño
véngole al café a cantar
deste mi amoroso lar,
que ha de prestar al empeño
su recio perfil sureño
y fuego a la inspiración,
para que sea mi canción,
ante el café florecido,
el heraldo enardecido
de la inmortal tradición.

El blanco cendal que sube
como espuma de la mar,
que eleva el viento al pasar,
finge el copo de una nube
o el traje de algún querube
que han los cafetos tejido,
para que vaya vestido
a la Gloria del Señor,
con la pompa y el olor
del festival revivido.

Donde nace el Ynabón
te despeñas florecido,
alud de azahar caído,
desde la abrupta región.
Alfombra de evocación,
del lírico cuento alado
que a Blanca Nieve, embrujado
el corazón le dejó
y un príncipe despertó,
con su beso apasionado.

La tu niña baya verde
de su verde se despoja
y cambia a casaca roja
cuando el múcaro la muerde.

por Gustavo Palés Matos

Entre el ramaje se pierde
el múcaro borincano,
de la noche el Soberano
que villano se desvela,
para comer la candela
embriagante de tu grano.

La sombrilla de la guava
con su amplia capa te arropa,
cuidando tu verde ropa
cuando el sol su fuego clava.
En la canícula brava
arrogante te alzarás
cuidándote a diario más
el jíbaro borincano,
a cuya callosa mano
tinto en sangre te darás.

Cuando en las tempranas horas
templa el galán ruiseñor
la cítara de su amor,
llegan las recogedoras
humedecidas de auroras.
Y en la cálida emoción,
que hay en la recolección,
bullente, que en charla estalla,
tú vas dando en cada baya
sangre de tu corazón.

De Yauco a San Sebastián,
de Lares a Las Marías,
repechando Indiera Fría,
te rompes como un volcán.
En las haciendas están
en el secado afanoso
y a tu secreto aromoso
llega el sol en su desmayo

imprimiendo en cada rayo
su fértil beso ardoroso.
San Lorenzo en el pilado
ya tiene el perro a cadena,
rabiando su dura pena
porque se sabe amarrado
y al zumbón viento han soltado.
Viento de ráfaga avara,
de mano ligera y rara
muy cómplice del pilón
que en su recio pon, pon, pon
el traje te descascara.

El final de la cosecha
se desborda en un festín
sobre el montaraz confín.
El jibarito le apecha
con su mirada de flecha
a la jibarita suave,
que tierna le da la llave,
en un sí todo emoción,
temblándole el corazón
en la fiesta de "el acabe."

Cuando aúlla en el bohío
el perro del Aquilón,
y en el piso de tablón
clava sus dientes el frío
que está húmedo de río,
las tres piedras del fogón
entran en tórrida acción,
y eres en la madrugada
jugo prieto en la colada
que revive el corazón.

Al hombre de la ciudad
das la magia de tu aliento,
y enciendes su pensamiento
con ardores de ansiedad,
bulles en su actividad.
Lates en su corazón.
Prestas lírica expresión
a su alma trajinosa
mientras despiertas la hermosa
rosa de su inspiración.

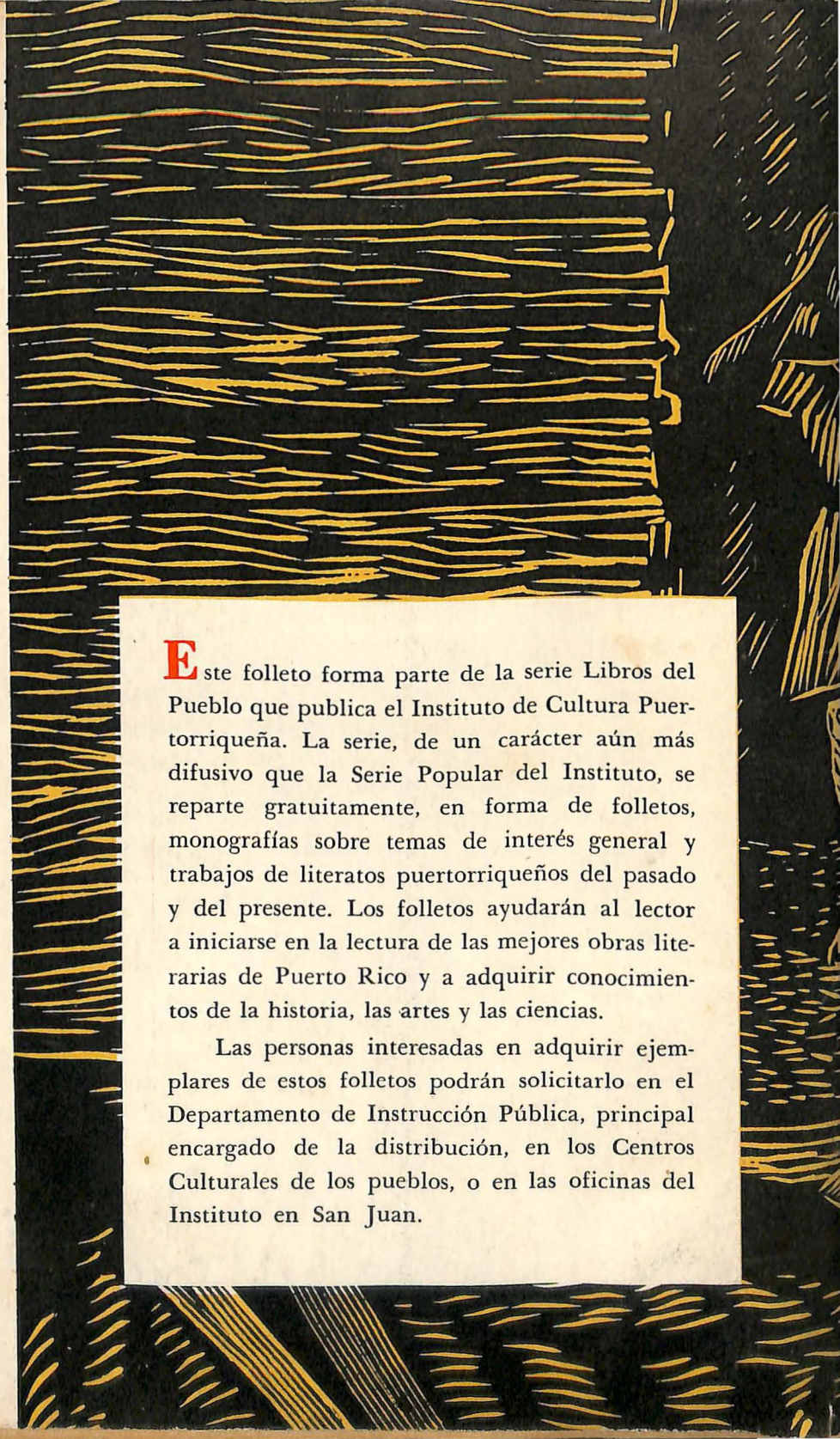
A ti vaya mi poesía,
café telúrico y rico,
orgullo de Puerto Rico,
que con tu prieta alegría,
matas la melancolía.
El jíbaro por ti sueña;
el de la ciudad te ensueña,
pues saben que hay en tu ardor
la brava esencia y sabor
de la patria borinqueña.

Esta serie, LIBROS DEL PUEBLO, es publicada por el Instituto de Cultura Puertorriqueña
Núm. 5 Agosto de 1967

CREDITOS

Pág. 6: capítulo IX de la novela *La charca;* pág. 9, tomado de la revista *Escuela* (7 de octubre de 1958), publicación del Departamento de Instrucción Pública; pág. 10: de *La revista del café, San Juan,* junio de 1954; pág. 13: publicado en la revista *Puerto Rico ilustrado;* pág. 17: tomado de *Alturas de América,* Editorial Librería Cultural, Río Piedras, 1954; pág. 19: del *Almanaque de Puerto Rico,* Imprenta de Acosta, San Juan, 1856; pág. 24: de *Huella, sombra y cantar,* Imprenta Venezuela, San Juan, 1943; pág. 27: de *Raíz y espiga* (fragmentos del capítulo XIV), Editorial Colenda, Madrid, 1963; pág. 33: de *Los cinco sentidos,* Pan American Book Co., San Juan, 1955; pág. 36: de *Aromas del terruño,* Tipografía P. Romero, Bayamón, 1916; pág. 37: de *Las hogueras de cal,* San Juan, 1947; pág. 39: de *La revista del café,* San Juan, junio de 1954; pág. 46: de *Solar Montoya* (fragmento del capítulo IV), Biblioteca de Autores Puertorriqueños, San Juan, 1941; pág. 50: de *Lira y corazón,* Tipografía Cantero, Fernández y Co., San Juan, 1929; pág. 56: de *Cuentos y leyendas del cafetal,* Yauco, 1938.

Impreso en Puerto Rico por
TALLERES GRAFICOS INTERAMERICANOS, INC.



Este folleto forma parte de la serie Libros del Pueblo que publica el Instituto de Cultura Puertorriqueña. La serie, de un carácter aún más difusivo que la Serie Popular del Instituto, se reparte gratuitamente, en forma de folletos, monografías sobre temas de interés general y trabajos de literatos puertorriqueños del pasado y del presente. Los folletos ayudarán al lector a iniciarse en la lectura de las mejores obras literarias de Puerto Rico y a adquirir conocimientos de la historia, las artes y las ciencias.

Las personas interesadas en adquirir ejemplares de estos folletos podrán solicitarlo en el Departamento de Instrucción Pública, principal encargado de la distribución, en los Centros Culturales de los pueblos, o en las oficinas del Instituto en San Juan.